

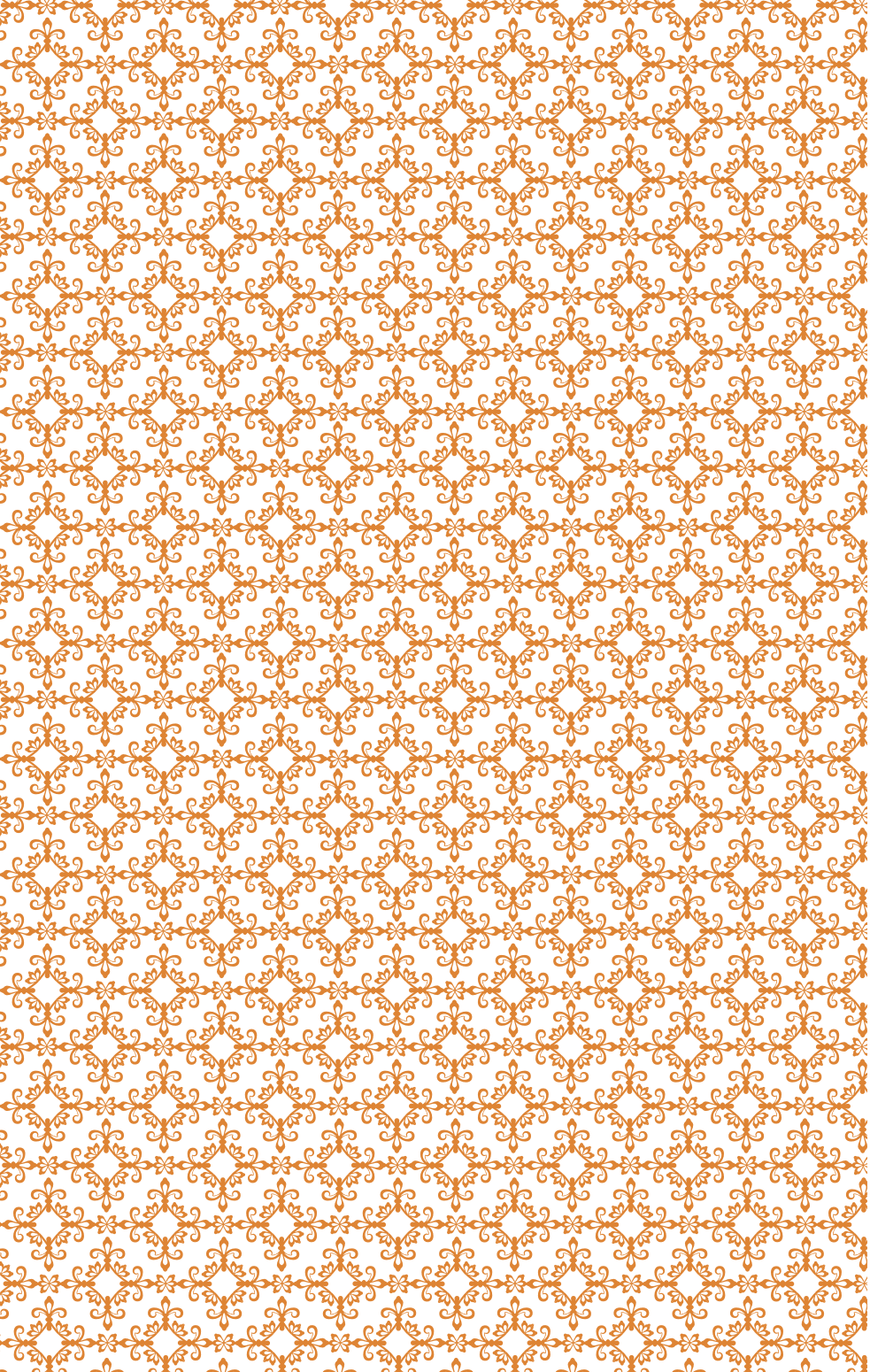
COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

La última hoja

O. Henry



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



La última hoja



O. Henry

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

La última hoja

O. Henry



Universidad
de Guadalajara





Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2018

Director de la colección
Fernando del Paso Morante

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autor
William Sydney Porter, *O. Henry*

Prólogo
Mariana del Carmen Pérez Villoro

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara



**EDITORIAL
UNIVERSITARIA**

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Octubre de 2018

ISBN 978-607-547-248-5



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer el mundo, enriquecer el espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, de la Universidad de Guadalajara, tiene el objetivo de poner a disposición de niños y jó-

venes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

9	Prólogo
11	El filtro de amor de Ikey Schoenstein
19	La última hoja
29	Un sacrificio por amor
39	Un cosmopolita en un café
48	El regalo de los Reyes Magos
57	El cuarto del tragaluz
68	Mammon y el arquero
79	Primavera a la carta
89	El breve debut de Tildy
99	El policía y el himno
109	Los panqueques de Pimienta

Prólogo

MARIANA PÉREZ VILLORO

En la selección de relatos aquí compilada, además de transitar por diversas atmósferas, es posible dejarse seducir por personajes entrañables. Puede percibirse en la escritura de O. Henry la capacidad de quien sabe contemplar a profundidad a los seres humanos, de quien puede leerlos con tan sólo mirarlos o escucharlos; así, da la impresión de que sus cuentos fueron inspirados por personas de la vida real. Todas las historias escogidas están impregnadas de sentimientos: hay ternura, regocijo y compasión, pero también frustración, vulnerabilidad y enojo.

Resalta, además, la cualidad de la astucia, que define a algunos de los personajes y que, generalmente, se coloca triunfante por encima de la fuerza. Y es justo esa característica, la astucia, lo que distingue a O. Henry de otros autores. Su sagacidad permite dar esos giros sorprendentes a las narraciones, crear esos finales inesperados y esos reveses que llevan a los relatos en una dirección opuesta a la predicha.

La forma en la que escribe involucra al lector de manera directa: lo confronta con bromas, le da consejos, le hace preguntas... Hay una consciencia de la propia escritura que dota los cuentos de malicia. O. Henry,

como narrador, se posiciona fuera de su creación y la comenta para el lector. El manejo de la narrativa y del lenguaje invita a disfrutar no solamente del contenido, sino también de la estructura que sostiene los relatos y del estilo que los adorna.

En los cuentos de O. Henry, uno de los autores estadounidenses más importantes de principios del siglo veinte, se desenvuelven con claridad y soltura las tramas que abordan asuntos universales hasta hoy: la rivalidad, el sacrificio, los prejuicios y las costumbres, lo impredecible del destino, la amistad, la pobreza y la riqueza, el amor y el desamor, las paradojas de la vida.

Las historias describen acontecimientos que les suceden a personajes principalmente urbanos de su época: mecanógrafas, farmacéuticos, policías, vagabundos, artistas, etcétera; y en muchas ocasiones se desarrollan en la ciudad de Nueva York, donde O. Henry vivió durante años. La manera en que dibuja los contextos y las dinámicas sociales retrata a su país con humor e ironía, y, en un sentido más amplio, al ser humano.

Estas narraciones han sido consideradas precursoras de la escritura de personajes célebres tales como J. D. Salinger, Truman Capote, Tom Wolfe y Raymond Carver. Que recorrer los hilos conductores de las aquí dispuestas te anime a conocer otras del mismo O. Henry, y así, desentramando la madeja de la literatura, ojalá llegues a otros autores.

El filtro de amor de Ikey Schoenstein

La farmacia Blue Light está situada en el sur de la ciudad, entre Bowery y la Primera Avenida, allí donde la distancia entre las dos calles es más corta. En ese establecimiento no creen que en las farmacias se deba expender sólo baratijas, perfumes y refrescos. Si alguien entra en Blue Light y pide un calmante, jamás le venderán dulces.

En Blue Light se desprecian las prácticas farmacéuticas modernas diseñadas para ahorrar trabajo. Allí, se macera el opio y se percolan paregóricos en casa. Aún fabrican las píldoras detrás del escritorio en el que se entregan las recetas. Utilizan una pieza de azulejo y una espátula para extender y dividir la mezcla, luego les dan la forma circular a las tabletas con el pulgar y el índice, y las cubren de magnesia calcinada para entregarlas en pequeñas cajas redondas de cartón. El establecimiento está en una esquina donde juegan y ríen algunos niños andrajosos que se hacen candidatos a las pastillas y jarabes para la tos que los esperan dentro de la farmacia.

Ikey Schoenstein atendía el lugar durante la noche y era amigo de sus clientes. Así es en el East Side, donde no se ha helado todavía el corazón de la industria farmacéutica. Allí, tal como debe ser, el boticario es un

consejero, confesor y confidente; un misionario capaz y dispuesto, con experiencia notable, cuya sabiduría oculta es venerada y cuyas medicinas a menudo tiran por el desagüe sin siquiera probarlas. Por eso, todo el vecindario conocía la nariz coniforme, los lentes y la silueta jorobada por tanto conocimiento de Ikey, y muchos buscaban su consejo y conversación.

Ikey dormía y desayunaba en casa de la señora Riddle, a dos cuadras de ahí. La señora Riddle tenía una hija llamada Rosy. Es inútil dar rodeos. Ustedes seguro ya lo adivinaron: Ikey adoraba a Rosy. Todos sus pensamientos estaban impregnados de su tintura; ella era la esencia magistral de todo lo que puede llamarse químicamente puro. No había nada como ella en la farmacia. Pero Ikey era tímido y sus esperanzas permanecían insolubles en el solvente de sus temores y de su indecisión. Detrás del mostrador era un ser superior, convencido de su conocimiento y valía. Fuera de la farmacia, parecía un vagabundo de rodillas débiles y ojos miopes a quien maldecían los conductores de vehículos. El traje, manchado y apestoso a productos químicos como acíbar y valerianato de amoníaco, ni siquiera le quedaba bien.

La mosca en el ungüento de Ikey (¡tres veces bienvenida sea la metáfora!) era Chunk McGowan.

El señor McGowan también se esforzaba por ganarse las sonrisas radiantes de Rosy, pero no como Ikey. Mientras él esperaba que le cayeran encima, Chunk las

tomaba él mismo. Era amigo y cliente de Ikey, y a menudo iba a Blue Light para que le aplicara un poco de yodo en un rasguño o le pusiera un esparadrapo en alguna pequeña herida después de una noche de diversión en el Bowery.

Una tarde, McGowan entró en la tienda con su aire tranquilo y silencioso de siempre, y se sentó, con expresión amable pero firme, sobre un taburete.

—Ikey —comenzó a decirle a su amigo, quien tomó un mortero y se puso a triturar un poco de goma de benzoína—. Escúchame bien. Necesito un medicamento, si es que tienes lo que necesito.

Ikey estudió la expresión de McGowan buscando las habituales huellas de alguna pelea, pero no encontró nada por el estilo.

—Quítate el abrigo —ordenó—. Seguro ya te metieron un cuchillo entre las costillas. Te advertí que esos italianos acabarían contigo.

McGowan sonrió.

—No se trata de ellos. No fueron los italianos. Pero acertaste bastante en el diagnóstico: tengo una herida debajo del abrigo, muy cerca de las costillas. ¡Te voy a contar, Ikey! Rosy y yo vamos a fugarnos y a caernos esta noche.

Ikey tenía el índice de la mano izquierda doblado dentro del mortero para sujetarlo mejor. Al oír esto, se golpeó fuertemente el dedo con el pistadero, pero ni siquiera lo sintió. Mientras, la sonrisa de McGowan se

esfumó y en su lugar apareció una expresión de pesimismo y perplejidad.

—Bueno —prosiguió—, eso es si no cambia de idea en el último momento. Llevamos dos semanas planeando el asunto, pero a veces dice que sí para luego cambiar de opinión esa misma noche. Por fin, decidimos que hoy es el día y Rosy ha mantenido su promesa dos días completitos. Pero todavía faltan cinco horas y temo que me deje plantado.

—Dijiste que necesitabas un medicamento —replicó Ikey.

McGowan parecía intranquilo y desasosegado, un estado de ánimo contrario al habitual. Tomó un folleto de propaganda y se lo enrolló con inútil minuciosidad alrededor del dedo.

—Por nada del mundo querría que volviera a arruinarse esta oportunidad, ni por un millón de dólares. Tengo preparado un departamento en Harlem, con crisantemos sobre la mesa y la tetera lista para poner a hervir. También arreglé que una cura nos reciba en su casa a las nueve y media. Todo tiene que salir bien. Pero y si Rosy vuelve a cambiar de opinión... —McGowan hizo una pausa. Se sentía agobiado por la duda.

—Lo que sigo sin entender —dijo Ikey, lacónico— es qué tiene que ver eso con medicamentos, o qué puedo hacer yo.

—El viejo Riddle no me puede ver ni en pintura —explicó el pretendiente, preocupado, que se encor-

vaba al intentar ordenar sus argumentos—. Desde hace una semana no deja a Rosy salir conmigo ni a la esquina. Si no fuera porque no quiere perder a uno de sus huéspedes, ya me habrían corrido de ahí. Estoy ganando veinte dólares a la semana, Rosy no se arrepentirá de huir de su prisión con Chunk McGowan.

—Me tendrás que disculpar, Chunk —dijo Ikey—. Tengo que preparar una receta que van a venir a recoger.

—Oye —dijo de pronto McGowan levantando la vista—. Oye, Ikey. ¿No tienes alguna fórmula...? ¿Alguna especie de polvos que hagan que una muchacha te quiera más? —Ikey frunció el labio superior con el desdén de un hombre ilustrado, pero antes de que pudiera responder, McGowan continuó—. Tim Lacy me contó que un doctor le vendió unos polvos y que se los dio a su chica disueltos en agua mineral. Desde la primera toma, Tim se convirtió en el as de corazones y ella no se volvió a fijar en nadie más. Ni bien pasadas dos semanas, ya se habían casado.

Chunk McGowan era fuerte y sencillo. Si Ikey hubiera sabido más acerca de la naturaleza humana, se habría dado cuenta de que la recia estructura de su amigo estaba sostenida por hilos débiles. Como un buen general decidido a invadir el territorio enemigo, Chunk intentaba protegerse de cualquier posible fracaso.

—Se me ocurrió que si tuviera unos polvos parecidos para dárselos a Rosy en la cena —continuó Chunk, esperanzado—, podría infundirle ánimos y evitar que

vuelva a cambiar de opinión. No creo necesitar una yunta de mulas para arrastrarla, pero a las mujeres les va mejor en el entrenamiento que en el partido. Si los polvos funcionan un par de horas, con eso es suficiente.

—¿A qué hora planean esta estupidez de fugarse? —preguntó Ikey.

—A las nueve —repuso McGowan—. Cenamos a las siete. A las ocho, Rosy se retirará a dormir con la excusa de un dolor de cabeza, y a las nueve el viejo Parvenzano me dejará entrar a su patio trasero, que está justo al lado del de Riddle y la cerca que los separa está rota. Esperaré bajo la ventana de Rosy y la ayudaré a bajar por la escalera de emergencia. Tendremos que correr a la casa del cura. Todo será muy fácil siempre y cuando Rosy no se eche para atrás. En fin, Ikey, ¿me preparas los polvos?

Ikey Schoenstein se frotó lentamente la nariz.

—Chunk —dijo—, los farmacéuticos debemos tener mucho cuidado con esa clase de medicamentos. Eres el único de todos mis conocidos a quien le confiaría algo así. Lo haré por ti, y ya verás lo que Rosy va a pensar de ti.

Ikey desapareció tras el mostrador y comenzó a machacar dos tabletas solubles de un cuarto de gramo de morfina cada una. Luego, agregó azúcar de leche para aumentar la cantidad y envolvió ceremoniosamente el polvo en un papel blanco. El adulto que ingiriese aquella dosis tenía aseguradas varias horas de sueño profundo

sin perjudicar su salud. Ikey le entregó el papel con los polvos a Chunk McGowan, le recomendó que los disolviera en algún líquido, y su amigo le agradeció sinceramente.

La conducta de Ikey queda clara una vez relatada su siguiente jugada. Inmediatamente, envió a un mensajero en busca del señor Riddle para contarle que el señor McGowan planeaba fugarse con Rosy. Riddle era un hombre vigoroso, de tez morena y carácter intempestivo.

—Le agradezco la información —dijo—. ¡Ese perezoso vagabundo irlandés! Mi habitación está justo arriba de donde duerme Rosy. Subiré después de la cena, cargaré la escopeta y esperaré. Si lo veo en mi patio, se lo llevarán en ambulancia y no en coche nupcial.

Con Rosy entre las garras de Morfeo durante horas y el padre sediento de sangre esperando con un arma en la mano, Ikey dio por vencido a su rival.

Se quedó toda la noche en la farmacia Blue Light, esperando noticias mientras trabajaba, pero no oyó ninguna.

A las ocho de la mañana, llegó el empleado que trabajaba en el día, Ikey se apresuró a la casa de la señora Riddle para averiguar lo que había ocurrido y... ¡Ah! Cuando salía de la farmacia..., ¿quién si no Chunk McGowan bajó de un tranvía y se acercó para estrechar su mano? ¡Chunk McGowan, radiante de dicha, con una sonrisa de triunfo!

—¡Todo salió perfecto! —exclamó con felicidad—. Rosy bajó por la escalera de emergencia a la hora exacta, y a las nueve y media con quince segundos estábamos en casa del cura. Ahora, ella está en el departamento. Esta mañana cocinó huevos, envuelta en un kimono azul. ¡Dios mío! ¡Qué afortunado soy! Ven un día a comer con nosotros, Ikey. Conseguí un trabajo cerca del puente, voy para allá ahora.

—¿El... El polvo? —tartamudeó Ikey.

—¡Ah! ¡Ese chisme que me diste! —gritó Chunk sonriendo todavía más—. Pues verás..., ayer me senté a la mesa a la hora de cenar en casa de los Riddle, miré a Rosy y me dije: «Chunk, si vas a ganarte a esa muchacha, hazlo bien. No intentes ninguna brujería con una chica de tan buena clase». Con los polvos aún en el bolsillo, me fijé en otro de los presentes, y me dije que ese hombre no sentía el debido afecto hacia su futuro yerno. Así que esperé la oportunidad y vacié los polvos en el café del viejo Riddle, ¿ves?

La última hoja

En un pequeño barrio al oeste de Washington Square, las calles se han vuelto locas. Se tuercen en todas direcciones y se quiebran en franjas llamadas «lugares». Estos «lugares» forman curvas y ángulos extraños: una calle se cruza a sí misma una o dos veces, y un pintor descubrió una vez en esa calle una valiosa posibilidad. Supongamos que un pintor tiene unos materiales que no ha pagado, y que no tiene dinero. Supongamos que un cobrador viene por el dinero, ¡el hombre caminaría por esa calle y se encontraría consigo mismo antes de recibir un solo centavo!

Esa parte de la ciudad se llama Greenwich Village, y los pintores pronto llegaron ahí en busca de ventanas orientadas al norte, umbrales del siglo XVIII, buhardillas holandesas y alquileres bajos. Luego, importaron algunos jarros de peltre y un par de ollas oxidadas de la Sexta Avenida y se volvieron una «colonia».

Sue y Johnsy tenían su estudio en la parte alta de un edificio de tres pisos, ancho y de ladrillo. «Johnsy» era el apodo de cariño de Joanna. Sue era de Maine; su amiga, de California. Se habían conocido en un Delmonico's de la calle Ocho, donde descubrieron que sus gustos en materia de arte, ensalada de achicoria y ves-

tidos de mangas anchas eran tan afines que decidieron establecer un estudio juntas.

Eso sucedió en mayo. En noviembre, un frío e invisible forastero a quien los médicos llamaban Neumonía empezó a pasearse furtivamente por la colonia, tocando a uno aquí y a otro allá con sus dedos helados. El devastador intruso recorrió con temerarios pasos el East Side, fulminando a veintenas de víctimas; pero su pie avanzaba con más lentitud a través del laberinto de los «lugares», angostos y cubiertos de musgo.

El señor Neumonía no era lo que uno podría llamar un viejo caballeresco. Atacar a una mujercita, cuya sangre habían adelgazado los céfiros de California, no era juego limpio para aquel viejo tramposo de puños rojos y aliento corto. Pero, con todo, fulminó a Johnsy; y ahí yacía la muchacha, casi inmóvil en su cama de hierro pintado, mirando el flanco sin pintar de la casa contigua a través de la pequeña ventana.

Una mañana, el médico llevó a Sue al pasillo, y su rostro con cejas enmarañadas se oscureció.

—Su amiga sólo tiene una probabilidad de salvarse sobre..., digamos, sobre diez —declaró, mientras agitaba el termómetro para hacer bajar el mercurio—. Esa probabilidad depende de que ella quiera vivir. La costumbre que tienen algunos de tomar partido por la funeraria pone a la farmacopea entera en ridículo. Su amiguita decidió no curarse. ¿Tiene alguna vocación?

—Quería ... Quería pintar algún día la bahía de Nápoles —dijo Sue.

—¿Pintar? ¡Tonterías! ¿Tiene en la mente algo que valga la pena? ¿Un hombre, por ejemplo?

—¿Un hombre? —repitió Sue, con un ganguero como de arpa de boca—. ¿Acaso un hombre vale la pena de ... ? Pero no, doctor ... No hay tal cosa.

—Bueno —dijo el médico—. Entonces será su debilidad. Haré todo lo que pueda la ciencia, hasta donde logren amplificarla mis esfuerzos. Pero cuando un paciente comienza a contar los coches de su cortejo fúnebre, le resto el cincuenta por ciento al poder curativo de los medicamentos. Si usted consigue que su amiga le pregunte cuáles son las tendencias de moda en mangas de abrigo para el invierno, le prometo una probabilidad de supervivencia de una sobre cinco.

Cuando el médico se fue, Sue entró al taller y lloró hasta reducir a mera pulpa una servilleta. Luego entró contoneándose al cuarto de Johnsy, llevando su tablero de dibujo y silbando ragtime.

Su amiga estaba casi inmóvil, sin siquiera arrugar las cobijas, con el rostro hacia la ventana. Sue la creyó dormida y dejó de silbar. Acomodó su tablero e inició un dibujo a pluma para ilustrar un cuento de una revista. Los pintores jóvenes deben allanarse el camino del arte ilustrando cuentos que los autores jóvenes escriben para allanarse el camino a la literatura.

Mientras Sue bosquejaba unos elegantes pantalones de montar sobre la figura del protagonista del cuento, un vaquero de Idaho, oyó un leve rumor que se repitió varias veces. Se acercó rápidamente a la cama.

Los ojos de Johnsy estaban muy abiertos. Miraba la ventana y contaba... Contaba hacia atrás.

—Doce —dijo. Y poco después agregó—: Once... —Y luego casi juntos—: Diez ... Nueve... Ocho... Siete...

Sue miró, solícita, por la ventana. ¿Qué había ahí que se pudiera contar? Apenas se veía un patio desnudo y desolado, y el flanco sin pintar de la casa de ladrillos situada a siete metros de distancia. Una enredadera de hiedra vieja, muy vieja, nudosa y de raíces podridas, trepaba hasta la mitad de la pared. El frío del otoño le había arrancado las hojas y sus escuálidas ramas se aferraban, casi peladas, a los ladrillos a punto de desmoronarse.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó Sue.

—Seis —dijo Johnsy casi en un susurro—. Ahora están cayendo con más rapidez. Hace tres días había como cien. Contarlas me hacía doler la cabeza. Pero ahora es fácil. Ahí va otra. Ahora sólo quedan cinco.

—¿Cinco qué, querida? Díselo a tu Susie.

—Hojas. En la enredadera de hiedra. Cuando caiga la última hoja, también me iré yo. Lo sé desde hace tres días. ¿No te lo dijo el médico?

—¡Oh, nunca oí disparate semejante! —se quejó Sue, con desdén exagerado—. ¿Qué tienen que ver

las hojas de una vieja enredadera con tu salud? ¡Y tú le tenías tanto cariño a esa planta, niña mala! ¡No seas tontita! Pero si el médico me dijo esta mañana que tus probabilidades de reponerte muy pronto eran (veamos, sus palabras exactas) ... ¡de diez contra una! ¡Es una probabilidad casi tan sólida como la que tenemos en Nueva York cuando viajamos en tranvía o pasamos a pie junto a un edificio nuevo! Ahora, trata de tomar un poco de caldo y deja que Susie vuelva a su dibujo, para vendérselo a la revista y así comprarle oporto a su niña enferma y unas chuletas de cerdo a sí misma.

—No necesitas comprar más vino —dijo Johnsy, con los ojos fijos más allá de la ventana—. Ahí cae otra. No, no quiero caldo. Sólo quedan cuatro. Quiero ver cómo cae la última antes del anochecer. Entonces también yo me iré.

—Mi querida Johnsy —dijo Sue, inclinándose sobre ella—. ¿Me prometes cerrar los ojos y no mirar por la ventana hasta que haya concluido mi dibujo? Tengo que entregar esos trabajos mañana. Necesito luz: de lo contrario, oscurecería demasiado las pinturas.

—¿No podrías dibujar en el otro cuarto? —preguntó Johnsy, con frialdad.

—Prefiero estar a tu lado —dijo Sue—. Además, no quiero que sigas mirando esas estúpidas hojas.

—Apenas hayas terminado, dímelo —pidió Johnsy cerrando los ojos y tendiéndose, quieta y blanca, como una estatua caída—. Porque quiero ver caer la última

hoja. Estoy cansada de esperar. Estoy cansada de pensar. Quiero soltarlo todo y dejarme ir hacia abajo, como una de esas pobres hojas cansadas.

—Procura dormir —dijo Sue—. Debo llamar a Behrman para que sea mi modelo cuando dibuje al viejo minero ermitaño. Volveré inmediatamente. Intenta no moverte hasta que vuelva.

El viejo Behrman era un pintor que vivía en la planta baja. Tenía más de sesenta años y barba como la del Moisés de Miguel Ángel, que se enroscaba desde su cabeza de sátiro hasta su cuerpo de duende. Era un fracaso como pintor. Durante cuarenta años había esgrimido el pincel, pero sin acercarse siquiera lo suficiente al lienzo. Siempre se disponía a pintar su obra maestra, pero no la había iniciado todavía. Durante muchos años no había pintado nada, salvo, de vez en cuando, algún anuncio publicitario. Ganaba unos dólares posando para los pintores jóvenes de la colonia que no podían pagar un modelo profesional. Bebía ginebra en exceso y seguía hablando de su futura obra maestra. Por lo demás, era un viejecito feroz que se mofaba violentamente de la amabilidad de los demás, y se consideraba algo así como un guardián destinado a proteger a las dos jóvenes pintoras del piso de arriba.

Cuando Sue llegó a su guarida mal iluminada, Behrman olía marcadamente a nebrina. En un rincón había un lienzo en blanco sobre un caballete, que llevaba veinticinco años esperando la primer pincelada de su obra maestra. Sue le contó la divagación de Johnsy y le con-

fesó sus temores de que su amiga, liviana y frágil como una hoja, se desprendiera también de la tierra cuando se debilitara el leve vínculo que la unía a la vida.

El viejo Behrman, con los ojos enrojecidos y llorando a mares, expresó a gritos el desprecio y la risa que le inspiraban tan estúpidas fantasías.

—¿Qué? —gritó con su acento alemán—. ¿Hay en el mundo gente que cometa la estupidez de morir porque hojas caen de una maldita enredadera? Nunca oí semejante cosa. No, yo no serviré de modelo para ese badulaque de ermitaño. ¿Cómo permite usted que se le ocurra a ella semejante imbecilidad? ¡Pobre señorita Johnsy!

—Está muy enferma y muy débil —dijo Sue—, y la fiebre la ha vuelto morbosa y le ha llenado la cabeza de extrañas fantasías. Está bien, señor Behrman. Si no quiere posar, no lo haga. Pero debo decirle que es usted un viejo horrible... ¡Un viejo charlatán!

—¡Se ve que usted es sólo una mujer! —aulló Behrman—. ¿Quién dijo que no voy a posar? Vamos. Iré con usted. Desde hace media hora estoy tratando de decirle que voy a ser su modelo. *Gott!* Este no es un lugar adecuado para que caiga enferma una persona tan buena como la señorita Johnsy. Algún día pintaré una obra maestra y todos nos iremos de aquí. *Gott!*, ya lo creo que nos iremos.

Johnsy dormía cuando subieron. Sue bajó la persiana y le hizo señas a Behrman para pasar a la otra habi-

tación. Allí se asomaron a la ventana y contemplaron con temor la enredadera. Luego se miraron sin hablar. Caía una lluvia insistente y fría, mezclada con nieve. Behrman, en su vieja camisa azul, se sentó sobre una olla invertida para posar como el minero ermitaño.

Cuando Sue despertó a la mañana siguiente, después de haber dormido sólo una hora, vio que Johnsy miraba fijamente, con aire apagado y los ojos muy abiertos, la persiana verde.

—¡Levántala! Quiero ver —ordenó la enferma.

Sue obedeció sin energía.

Pero después de la violenta lluvia y de las salvajes ráfagas de viento que duraron toda esa larga noche, aún pendía, contra la pared de ladrillo, una hoja de hiedra. Era la última. Conservaba todavía el color verde oscuro cerca del tallo, pero sus bordes dentados estaban teñidos con el amarillo del deterioro y la putrefacción. Colgaba valerosamente de una rama a unos siete metros del suelo.

—Es la última —dijo Johnsy—. Yo estaba segura de que caería durante la noche. Oía el viento. Caerá hoy y al mismo tiempo moriré yo.

—¡Querida, querida! —dijo Sue, apoyando en la almohada su agotado rostro—. Piensa en mí si no quieres pensar en ti misma. ¿Qué haría yo?

Pero Johnsy no respondió. No hay nada más solitario en el mundo que un alma cuando se alista para emprender su viaje misterioso y lejano. La imaginación

parecía adueñarse de ella con más fuerza a medida que se aflojaban, uno por uno, los lazos que la ligaban a la amistad y a la tierra.

Transcurrió el día y aun al anochecer ambas alcanzaban a distinguir entre las sombras la solitaria hoja de hiedra adherida a su tallo, contra la pared. Luego, cuando llegó la noche, el viento volvió a soplar con violencia mientras la lluvia martillaba las ventanas.

Al día siguiente, cuando hubo suficiente luz, la despiadada Johnsy ordenó que levantaran la persiana.

La hoja seguía allí.

Johnsy se quedó tendida un largo rato, mirándola. Luego, llamó a Sue, que removía el caldo de pollo sobre la estufa.

—Me he portado mal, Susie —dijo—. Algo hizo que esa última hoja se quedara allí, para demostrarme lo mala que fui. Es un pecado querer morir. Ahora, puedes traerme un poco de caldo y un vaso de leche con algo de oporto y... No; tráeme antes un espejo. Luego ponme detrás unas almohadas y me sentaré a mirarte cocinar.

—Susie, espero algún día poder pintar la bahía de Nápoles —dijo Johnsy después de un rato.

Por la tarde acudió el médico y Sue encontró un pretexto para seguirlo al comedor cuando salía.

—Hay buenas probabilidades —dijo el médico, estrechando la mano delgada y temblorosa de Sue—. Con buenos cuidados, su amiga se salvará. Y ahora tengo que

ver a otro enfermo en el piso de abajo. Es un tal Behrman..., creo que es alguna especie de artista. Él también tiene neumonía. Es un hombre viejo y débil, y tiene un episodio agudo. No hay esperanzas de salvarlo; pero hoy lo llevan al hospital para que esté más cómodo.

Al día siguiente, el médico le dijo a Sue:

—Su amiga está fuera de peligro. Usted ha vencido. Ahora, buena alimentación y cuidados. Eso es todo.

Y esa tarde, Sue se acercó a la cama donde Johnsy, muy contenta, tejía una bufanda de lana muy azul y muy inútil, y la abrazó.

—Tengo que decirte una cosa —dijo—. El señor Behrman murió de neumonía en el hospital. Sólo estuvo enfermo dos días. El intendente lo encontró en la mañana del primer día en su cuarto, sin poder moverse del dolor. Tenía la ropa y los zapatos empapados y fríos. No sabían dónde había pasado esa noche tan horrible. Luego encontraron una linterna aún encendida, una escalera que Behrman había sacado de su lugar, algunos pinceles dispersos y una paleta con una mezcla de pintura verde y amarilla... Y... mira la ventana, querida, observa esa última hoja de hiedra que está sobre la pared ¿No es extraño que no se moviera ni agitara al soplar el viento? ¡Ah, querida! Es la obra maestra de Behrman: la pintó la noche en que cayó la última hoja.

Un sacrificio por amor

Cuando uno ama su arte, ningún sacrificio es demasiado difícil.

Esa es nuestra premisa. Este cuento extraerá de ella una conclusión y, al mismo tiempo, demostrará que la premisa es incorrecta. Esto será una novedad en el campo de la lógica y una hazaña en el arte de contar historias más vieja que la Gran Muralla China.

Joe Larrabee nació en las llanuras de robles del Medio Oeste y desbordaba genio para el arte pictórico. A los seis años, hizo un dibujo de la bomba de agua de la ciudad con un ciudadano en primer plano. Este esfuerzo pictórico fue enmarcado y expuesto en la ventana de la farmacia junto a una mazorca de maíz con número non de hileras de granos. A los veinte años, partió para Nueva York con su corbata que se agitaba al viento y todo su capital pegado al cuerpo.

Delia Caruthers hacía cosas en seis octavas de manera tan prometedora en un pequeño pueblo de pinos en el sur que sus parientes contribuyeron para que pudiera ir al «norte» a «concluir». No la vieron co..., pero de eso trata nuestra historia.

Joe y Delia se conocieron en un atelier donde se había reunido un grupo de estudiantes de arte y música para hablar sobre el claroscuro, Wagner, música, las obras

de Rembrandt, cuadros, Waldenteufel, papel tapiz, Chopin y Oolong.

Delia y Joe se enamoraron el uno del otro, o cada uno del otro, como a usted le agrade, y se casaron al poco tiempo..., porque (véase más arriba) cuando uno ama su arte, ningún sacrificio es demasiado difícil.

El señor y la señora Larrabee comenzaron un hogar en un departamento. Era un departamento solitario..., algo así como el la sostenido en el extremo izquierdo del teclado. Y eran felices, pues tenían su arte y se tenían el uno al otro. Mi consejo para el joven rico es: vende todo lo que tengas y dale el dinero al pobre... conserje, por el privilegio de vivir en un departamento con tu arte y tu Delia.

Los que viven en departamentos estarán de acuerdo conmigo en que la suya es la única auténtica felicidad. Cuando un hogar es feliz, nunca es demasiado pequeño; da igual si el tocador se desploma y convierte en una mesa de billar; si la repisa de la chimenea se transforma en un aparato de gimnasia; el escritorio, en un dormitorio de huéspedes; el lavabo, en un piano vertical. Que las cuatro paredes se junten si lo desean, siempre que usted y su Delia queden entre ellas. Pero si ese hogar es de la clase opuesta, no sirve de nada que sea ancho y largo; entre usted por el Golden Gate de San Francisco, cuelgue su sombrero en Hatteras, su capa en Cape Horn y salga por la costa del Labrador.

Joe pintaba en la clase del gran Magister, cuya fama seguro ya ha llegado a oídos del lector. Sus honorarios son elevados; sus lecciones, breves; y su uso de la luz le ha dado renombre. Delia estudiaba con Rosenstock; usted debe de tener noticias de su reputación como un perturbador de las teclas del piano.

Fueron muy felices mientras les duró el dinero. Así son todos los ..., pero no seré cínico. Sus objetivos eran muy claros y definidos. Pronto, viejos caballeros de patillas delgadas y carteras abultadas se atropellarían en el estudio de Joe para tener el privilegio de adquirir sus cuadros. Delia se familiarizaría con la música y luego se volvería desdenosa hacia ella; podría darse el lujo de asomarse a ver qué tanto público había y quedarse en un comedor privado con «dolor de garganta» y una langosta asada en lugar de salir al escenario.

Pero lo mejor, en mi opinión, era la vida hogareña en el reducido departamento: lo largo y tendido que platicaban después de estudiar todos los días, las cenas acogedoras, los desayunos frescos y ligeros, el intercambio de ambiciones (las cuales debían compaginar con las del otro para ser válidas), la ayuda e inspiración mutuas, y (por favor ignoren mi honestidad) las aceitunas rellenas y los sándwiches de queso a las once de la noche.

Pero después de un tiempo, el arte se detuvo. Así sucede, a veces, aunque nadie le haga la parada. Todo sale y nada entra, como se dice vulgarmente. No alcanzaba el dinero para pagarles al señor Magister y a Herr

Rosenstock. Cuando uno ama su propio arte, ningún sacrificio es demasiado difícil. Entonces, Delia le manifestó a su esposo que daría clases de música para mantener la olla hirviendo.

Durante dos o tres días, salió en busca de alumnos. Una noche, regresó emocionada a casa.

—Joe, querido —dijo alegremente—, tengo una alumna. Y ¡oh!, la mejor gente. La hija del general..., el general A. B. Pinkney, que vive en la calle Setenta y Uno. ¡Qué espléndida casa! Joe, ¡tienes que ver qué puerta! Creo que tú la llamarías bizantina. ¡Y el interior! ¡Oh, Joe! Nunca había visto una cosa semejante.

»Mi alumna se llama Clementina. Ya la amo. Es delicada, viste siempre de blanco y tiene el porte más dulce y simple. Tiene sólo dieciocho años. Le voy a dar tres lecciones por semana. Y, Joe, imagínate, me pagarán cinco dólares por lección. No me molesta para nada enseñarle; así, cuando tenga dos o tres alumnos más, podré reanudar mis lecciones con *Herr* Rosenstock. Bueno, desarruga ahora ese ceño, querido, y cenemos contentos.

—Eso está muy bien, Delia —repuso Joe, atacando una lata de chicharos con un hacha y un cuchillo para carne—, pero ¿y yo qué? ¿Crees que te voy a dejar correr de un lado a otro buscando un sueldo, mientras yo coqueteo en las regiones del arte elevado? ¡Por los huesos de Benvenuto Cellini, no! Supongo que puedo vender

periódicos o colocar adoquines en las calles para ganar un par de dólares.

Delia se le colgó del cuello.

—Joe, querido, eres tonto. Tienes que seguir estudiando. No es como que abandoné la música y me fui a trabajar en otra cosa. Mientras enseño, aprendo. No me aparto de los límites de la música. Y, con quince dólares por semana, podemos vivir como millonarios. No debes pensar en abandonar al señor Magister.

—Está bien —dijo Joe estirándose para tomar el plato azul de las verduras—. Pero odio que des lecciones. Eso no es arte. Pero es adorable de tu parte hacerlo.

—Cuando una ama su arte, ningún sacrificio es demasiado difícil —dijo Delia.

—Magister elogió por todo lo alto el boceto que hice en el parque —dijo Joe—. Y Tinkle me dio permiso de colgar dos cuadros en su ventana. Quizá pueda vender alguno si los ve el idiota adinerado adecuado.

—Estoy segura de que lo harás —repuso Delia dulcemente—. Y ahora, agradezcamos a Dios por el general Pinkney y por este asado de ternera.

Durante toda la semana siguiente, los Larrabee desayunaron temprano. Joe estaba entusiasmado por unos bocetos con efectos matutinos que estaba pintando en el Central Park, y Delia lo mandaba para allá desayunado, mimado, elogiado y besado a las siete de la mañana. El arte es una amante muy absorbente. Por lo regular, Joe regresaba hasta las siete de la tarde.

Al terminar la semana, Delia, dulcemente orgullosa pero lánguida, lanzó de manera triunfal tres billetes de cinco sobre la mesa de veinte por veinticinco centímetros que ocupaba el centro del departamento de veinte por veinticinco metros.

—A veces —dijo Delia mostrando cierta flojera—, Clementina me desespera. Me parece que no practica lo suficiente y tengo que repetirle todos los días las mismas cosas. Y siempre se viste de blanco, lo cual resulta un poco monótono. Pero ¡el general Pinkney es un viejo de lo más encantador! Ojalá pudieras conocerlo. A veces entra cuando estoy con Clementina en el piano. Es viudo, ¿sabes? Sólo se queda ahí parado, acariciándose la piocha blanca. «¿Cómo van las corcheas y las semicorcheas?», me pregunta siempre.

»¡Si vieras el revestimiento de madera de la sala, Joe! ¡Y las cortinas! Clementina tiene una tosecilla muy cómica, espero que la chica sea más fuerte de lo que parece. Ah, ya me estoy encariñando con ella; ¡es tan gentil y educada!... El hermano del general Pinkney fue embajador en Bolivia...

Joe, con el aire de un Montecristo, sacó un billete de diez dólares, uno de cinco, uno de dos, y uno de uno (todos legales y corrientes) y los dejó al lado de las ganancias de Delia.

—Le vendí la acuarela del obelisco a un hombre de Peoria —le comunicó en tono abrumador.

—No puede ser —repuso Delia—, ¿de verdad es de Peoria?

—Te lo aseguro. Me gustaría que lo conocieras, Del. Es gordo, usa una bufanda de lana y una pluma de ave como palillo de dientes. Vio el dibujo en la ventana de Tinkle y pensó que era un molino de viento, pero de todos modos le gustó y lo compró. Me encargó otro, un óleo de la estación ferroviaria de Lackawanna, para llevárselo. ¡Clases de música! Ah, creo que el arte radica todavía ahí.

—Me alegra mucho que continúes trabajando en tus cuadros —dijo Delia cordialmente—. Estás destinado a triunfar, querido. ¡Treinta y tres dólares! Nunca habíamos tenido tanto dinero para gastar. Esta noche cenaremos ostras.

—Y *filet mignon* y champiñones —dijo Joe—. ¿Dónde está el tenedor para aceitunas?

El sábado siguiente por la noche, Joe llegó primero al departamento. Extendió sus dieciocho dólares sobre la mesa de la sala y se lavó lo que parecía ser pintura muy oscura de las manos. Media hora después llegó Delia, con la mano derecha vendada.

—¿Qué te pasó? —preguntó Joe después de sus saludos acostumbrados. Delia rio sin alegría.

—Clementina quería comer pan guisado con salsa de queso después de la lección —explicó—. Es una muchacha extraña ... ¡Pan con salsa de queso a las cinco de la tarde! El general estaba presente. Tendrías que

haberlo visto correr a buscar el tostador, Joe, como si no hubiera sirvientes en la casa. Me he dado cuenta de que la salud de Clementina es delicada; ¡es tan nerviosa! Al servir el pan, se le cayó un poco de queso hirviendo sobre mi mano y mi muñeca. Me dolió horribilmente, Joe. ¡La pobre muchacha estaba muy apenada! Pero el general Pinkney... Joe, ¡se volvió loco! Se lanzó escaleras abajo y envió a alguien (dijeron que al cocinero o no sé a quién del sótano) a la farmacia, por un poco de ungüento y unas vendas. Ya no me duele tanto.

—¿Qué es esto? —preguntó Joe tomándole tiernamente la mano y tirando de unos hilos blancos que sobresalían debajo de la venda.

—Es algo blando con ungüento —repuso Delia, y de pronto vio el dinero sobre la mesa—. Oh, Joe, ¿vendiste el otro cuadro?

—¡Que si lo vendí! Pregúntale al hombre de Peoria. Hoy se llevó el cuadro de la estación y, aunque todavía no está seguro, es probable que me pida otro paisaje y una vista del Hudson. ¿A qué hora te quemaste la mano, Del?

—Creo que eran las cinco —contestó la mujer quejumbrosamente—. La plancha... Quiero decir, el pan con queso, lo sacaron del fuego más o menos a esa hora. Tendrías que haber visto al general Pinkney, Joe, cuando...

—Siéntate aquí un momento, Del —interrumpió Joe. La llevó hasta el sofá, se sentó junto a ella y la abrazó.

—¿Qué has estado haciendo durante las últimas dos semanas, Del? —quiso saber él.

Delia afrontó la pregunta durante unos instantes con una mirada de amor y obstinación, y murmuró un par de frases vagas acerca del general Pinkney. Pero, al fin, agachó la cabeza y brotaron la verdad y las lágrimas.

—No conseguía alumnos —confesó—. Y no podía soportar la idea de que abandonarás tus lecciones, así que conseguí un empleo y he estado planchando camisas en la lavandería grande de la calle Veinticuatro. Creo que inventé muy bien la existencia del general Pinkney y de Clementina, ¿no te parece? Esta tarde, cuando una muchacha de la lavandería apoyó una plancha caliente sobre mi mano, me pasé todo el camino a casa pensando en la historia del queso hirviendo. No estás enojado, ¿verdad, Joe? Si no hubiera conseguido ese trabajo, no habrías podido venderle tus cuadros al hombre de Peoria.

—No era de Peoria —repuso Joe lentamente.

—Bueno, no importa de dónde. ¡Qué inteligente eres, Joe!... Y... Bésame, Joe... ¿Qué fue lo que te hizo sospechar que no le daba lecciones a Clementina?

—No sospechaba —contestó— hasta esta noche. Y tampoco habría desconfiado, si no hubiera sido porque esta tarde envié ese algodón y ese ungüento, desde el cuarto de máquinas, para una muchacha que se había quemado la mano con una plancha en el piso de arriba. He estado alimentando la caldera de esa lavandería las dos últimas semanas.

—Entonces tú no...

—Mi comprador de Peoria —dijo Joe— y el general Pinkney son ambos creación del mismo arte, el cual no podemos llamar ni pintura ni música.

Ambos rieron y Joe comenzó:

—Cuando uno ama su propio arte, ningún sacrificio es...

Pero Delia lo interrumpió, poniéndole la mano en los labios.

—No —dijo—, simplemente «cuando uno ama».

Un cosmopolita en un café

A medianoche, el café estaba repleto de gente. Por alguna razón, mi mesita había escapado a la mirada de los que llegaban, y dos sillas desocupadas, colocadas al lado de ella, extendían sus brazos con mercenaria hospitalidad a la afluencia de clientes.

Entonces, un cosmopolita se sentó en una de ellas. Me alegré, pues sostengo la teoría de que, desde Adán, no ha existido ningún auténtico ciudadano del mundo. Oímos hablar de ellos y vemos muchas etiquetas extranjeras en muchas maletas; pero, en lugar de cosmopolitas, hallamos simples viajeros.

Le ruego al lector que considere la escena: las mesas recubiertas de mármol; la hilera de sillas tapizadas de cuero y adosadas a la pared; los alegres asistentes; las damas vestidas de media gala que hablaban a coro, con exquisito acento, acerca del buen gusto, la economía, la opulencia o el arte; los *garçons* diligentes y amantes de las propinas; la música, que complacía sabiamente a todos con sus incursiones en contra de los compositores; la *mélange* de charlas y risas, y, si usted quiere, el vino de Würzburg en los altos vasos cónicos de cristal, que se inclinan hacia los labios como el pico de un grajo ladrón se inclina hacia una cereza madura en su rama.

Un escultor de Mauch Chunk me dijo una vez que esa escena era auténticamente parisina.

Mi cosmopolita se llamaba E. Rushmore Coglan, y se sabrá de él a partir del próximo verano en Coney Island. Según me informó, instalará allí una nueva «atracción» que ofrecerá una diversión magnífica. Luego, su conversación se extendió a lo largo de paralelos y meridianos. Tenía el enorme y redondo mundo en una mano, por así decirlo. Lo conocía con familiaridad casi despectiva, y aquel mundo no parecía más grande que una semilla de cereza en una toronja. Habló irrespetuosamente del Ecuador, saltó de continente en continente, se burló de las zonas climáticas y trapeó con su servilleta las aguas de los mares. Con un ademán, hablaba de cierto bazar en Hyderabad. ¡Pum! Ahora nos paseaba sobre esquíes por Laponia. ¡Paf! Ahora nos hacía cabalgar las rompientes con los kanakas en Kealaikahiki. ¡Presto! Nos arrastraba a través de un pantano de Arkansas, nos dejaba secar por un momento en las llanuras alcalinas de su rancho en Idaho; luego nos lanzaba a la sociedad de los archiduques vieneses. De pronto, hablaba de un resfrío provocado por la brisa de un lago en Chicago, y de cómo la vieja Escamilla se lo curó en Buenos Aires con una infusión caliente de hierba chuchula. Uno podría dirigir una carta «al Señor E. Rushmore Coglan, la Tierra, Sistema Solar, el Universo» con la certeza de que la recibiría.

Yo estaba seguro de haber encontrado, por fin, el único verdadero cosmopolita que existiera después de Adán, y escuché su discurso ecuménico temiendo descubrir en él la nota local de un simple trotamundos. Pero sus opiniones nunca dudaban ni decaían; era tan imparcial en cuanto a ciudades, países y continentes como respecto a los vientos o la fuerza de gravedad.

Y mientras E. Rushmore Coglan parloteaba acerca de su pequeño planeta, pensé con alegría en un gran casi-cosmopolita que escribió para el mundo entero y se dedicó a Bombay. En un poema, explica que hay orgullo y rivalidad entre las ciudades de la Tierra y que «los hombres que surgen de ellas van de un lado a otro, pero se aferran al límite de su ciudad como los niños a la falda de su madre». Y siempre que caminan «por ruidosas calles desconocidas», recuerdan que su ciudad natal es «más leal, tonta y cariñosa, y hacen de su nombre susurrado el vínculo más fuerte». Y me entusiasmé porque había sorprendido durmiendo al señor Kipling. Había encontrado aquí a un hombre que no estaba hecho del barro acostumbrado; que no se jactaba, con mezquinos alardes, de su tierra natal; que si se jactara, lo haría de todo el mundo, y se vanagloriaría de todo el globo terráqueo ante los marcianos y los habitantes de la luna.

E. Rushmore Coglan fue inducido a hablar de estos temas por la intervención de la tercera esquina de nuestra mesita. Mientras él describía la topografía del terreno que recorre el ferrocarril transiberiano, la

orquesta comenzó a tocar un popurrí. El fragmento con que concluía era «Dixie¹», y las últimas notas fueron casi ahogadas por los ruidosos aplausos provenientes de casi todas las mesas.

Vale la pena dedicar un párrafo a decir que esta extraordinaria escena puede ser presenciada todas las noches en numerosos cafés de la ciudad de Nueva York. Se han consumido toneladas de cerveza mientras se desarrollan teorías para comprenderla. Algunos han conjeturado apresuradamente que todos los sureños de la ciudad se lanzan a refugiarse en los cafés al caer la noche. Este aplauso a la canción «rebelde» puede ser un poco desconcertante; pero no es un enigma insoluble. La guerra con España; la generosa cosecha de menta y sandía obtenida durante muchos años; algunos ganadores inesperados en el hipódromo de Nueva Orleans y los brillantes banquetes ofrecidos por los ciudadanos de Indiana y Kansas, que componen la sociedad de Carolina del Norte, han puesto al sur «de moda» en Manhattan. Su manicurista le susurrará suavemente a usted que su dedo índice izquierdo le recuerda muchísimo al de un caballero de Richmond, Virginia. ¡Oh, sin duda! Pero ahora muchas damas tienen que trabajar... La guerra, usted sabe.

.....
1 «Dixie», compuesta en 1859, fue casi un himno para el ejército sureño durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos; a partir de ella, se conoce a la región como «Tierra de Dixie». (N. del Ed.)

Cuando tocaban «Dixie», un joven de cabello oscuro salió de la nada con un grito de guerra del Mosby y agitó frenéticamente su sombrero de alas suaves. Luego se tambaleó entre el humo, se dejó caer en la silla desocupada de nuestra mesita y sacó un paquete de cigarrillos.

La velada había llegado a la etapa de la deshinibición. Uno de nosotros ordenó tres Würzburgers al mesero, y el hombre de cabello oscuro agradeció la inclusión en el pedido con una sonrisa y un movimiento de cabeza. Decidí formularle una pregunta, porque deseaba poner a prueba una teoría.

—¿Tendría usted inconveniente —comencé— en decirme de dónde procede? ...

El puño de E. Rushmore Cogan golpeó la mesa y el estrépito me sumió en el silencio.

—Discúlpeme —dijo él—, pero esa es una pregunta que no me agrada oír nunca. ¿Qué importa de dónde procede un hombre? ¿Es justo juzgar a alguien por su dirección postal? Por favor, he visto personas de Kentucky que odian el whisky; virginianos que no son descendientes de Pocahontas; tipos de Indiana que no han escrito una novela; mexicanos que no usan pantalones de terciopelo con dólares de plata cosidos a lo largo de las costuras; ingleses graciosos; yanquis pródigos; sueños impasibles; occidentales estrechos de criterio y neoyorquinos demasiado ocupados para detenerse una hora en la calle a observar a un empleado de almacén

manco colocando arándanos en bolsas de papel. Dejen que el hombre sea hombre y no le pongan trabas con la etiqueta de ninguna zona.

—Perdóneme —dije—, pero mi curiosidad no era del todo inútil. Conozco el sur, y cuando la banda toca «Dixie», me agrada observar. Me he formado la idea de que el hombre que aplaude la canción con especial vehemencia y ostensible lealtad regional, es invariablemente un nativo de Secaucus, Nueva Jersey, o del distrito en Nueva York que está situado entre Murray Hill Lyceum y el río Harlem. Estaba por poner a prueba mi opinión preguntándole a este caballero, cuando usted me interrumpió con su propia y más larga teoría, debo confesarlo.

Entonces el hombre de cabello oscuro me habló, y quedó claro que sus pensamientos se desplazaban sobre sus propios surcos.

—Quisiera ser un caracol —dijo misteriosamente—, pararme en lo más alto de un valle y cantar.

Esto, evidentemente, era demasiado oscuro, así que me volví hacia Cogan.

—He dado la vuelta al mundo doce veces —dijo—. Conozco un esquimal de Upernavik que manda traer corbatas de Cincinnati, y a un pastor de cabras de Uruguay que ganó un concurso de acertijos sobre el desayuno en Battle Creek. Pago la renta de todo el año de una habitación en El Cairo, Egipto, y otra en Yokohama. Hay unas pantuflas esperándome en un salón de té en

Shanghai y no necesito explicarles cómo me gustan los huevos a los cocineros en Río de Janeiro o Seattle. Este viejo mundo es pequeño. ¿De qué sirve presumir ser del norte, o del sur, o de la casa solariega del vallecito, o de la avenida Euclid en Cleveland, o de Pike's Peak, o de Fairfax County, Virginia, o de Hooligan's Flats, o de cualquier otro lugar? El mundo será mejor cuando dejemos de embobarnos con algún pueblucho mohoso o con diez acres de pantano simplemente porque da la casualidad de que nacimos allí.

—Por lo visto usted es un cosmopolita de verdad —dijo con admiración—. Pero también parece que censura el patriotismo.

—Es una reliquia de la edad de piedra —declaró Coglán en tono cálido—. Somos todos hermanos: chinos, ingleses, zulúes, patagones y los pobladores de la curva del río Kaw. Algún día todo este orgullo mezquino que nos inspira una ciudad, un estado, una zona o país desaparecerá y todos seremos ciudadanos del mundo, como deberíamos ser.

—Pero, mientras usted deambula por tierras extranjeras —insistí—, ¿no se acuerda con nostalgia de algún lugar..., alguna tierra amada y...?

—No, de ningún lugar —interrumpió E. R. Coglán de manera impertinente—. El pedazo de materia esférico y planetario, ligeramente aplastado en los polos y conocido como la Tierra, es mi hogar. En el extranjero me he encontrado con muchísimos materialistas de este

país. He visto hombres de Chicago navegar en góndolas en Venecia, en noches de luna, y fanfarronear por sus canales de desagüe. Conozco a un sureño que, al ser presentado al rey de Inglaterra, le dijo sin pestañear que su tía abuela, por parte de su madre, estaba relacionada políticamente con los Perkins de Charleston. Conocí a un neoyorquino que fue secuestrado por unos bandidos afganos. Su familia envió el dinero del rescate y el hombre regresó con el agente a Kabul. «¿Afganistán? —le dijeron los nativos por medio del intérprete—. Bueno, no es tan lejos, ¿no le parece?», «Oh, no lo sé», repuso él, y comenzó a hablarles de un taxista de la Sexta Avenida y Broadway. Esas ideas no me agradan. No estoy ligado a nada que no tenga doce mil kilómetros de diámetro. Que en el futuro sólo se refieran a mí como E. Rushmore Cogan, ciudadano de la esfera terrestre.

Mi cosmopolita se despidió y se fue, pues creyó ver a un conocido a través de la charla y el humo. Por consiguiente, me quedé con el que quería ser un caracol, a quien el Würzburger había dejado sin mayor habilidad para expresar sus aspiraciones de cantar en la cima de un valle.

Permanecí reflexionando sobre mi genuino cosmopolita y me pregunté cómo se le había pasado al poeta. Era mi descubrimiento y yo creía en él. ¿Cómo era? «Los hombres van de un lugar a otro, pero se aferran a los límites de su ciudad como los niños a la falda de su madre».

No ocurre así con E. Rushmore Cogan. Con todo el mundo para él...

Mis meditaciones fueron interrumpidas por un tremendo ruido y una discusión que se produjeron en otra parte del café. Por sobre las cabezas de los clientes del lugar, vi sentados a E. Rushmore Cogan y a otra persona desconocida para mí, trabados en una horrible pelea. Reñían como titanes entre las mesas; los vasos se rompieron y los hombres apenas lograban recoger sus sombreros antes de ser derribados. Una mujer de cabello oscuro gritó y una rubia comenzó a cantar «Teasing».

Mi cosmopolita defendía el orgullo y la reputación de la Tierra cuando los meseros se acercaron en formación a ambos combatientes, los agarraron y los echaron del lugar mientras ellos se resistían.

Llamé a McCarthy, uno de los *garçons* franceses, y le pregunté el motivo del conflicto.

—El hombre de corbata roja —era mi cosmopolita— se enojó por lo que el otro tipo decía de los holgazanes callejeros y del abastecimiento de agua de su pueblo.

—Pero —dije confundido— ... ese individuo es un ciudadano del mundo..., un cosmopolita... Él...

—Es oriundo de Mattawamkeag, Maine —continuó McCarthy—, según dijo, y no permite que desprestigien su pueblo.

El regalo de los Reyes Magos

Un dólar con ochenta y siete centavos. Eso era todo. Y de eso, sesenta centavos en moneditas de a centavo. Moneditas ahorradas una por una, a fuerza de discutir con el tendero, el verdulero y el carnicero hasta que las mejillas de uno se ponían rojas de vergüenza ante la silenciosa acusación de avaricia que implicaba un regateo tan obstinado. Della contó el dinero tres veces: un dólar con ochenta y siete centavos. Era Nochebuena.

Era evidente que no le quedaba más que echarse a llorar sobre el raído sofá. Así que eso hizo Della. Esto favorece la reflexión moral de que la vida está hecha de lloriqueos, sollozos y sonrisas, predominando los sollozos.

Mientras la dueña de la casa pasa de la primera a la segunda de esas tres etapas, echemos una mirada a su hogar: un departamento amueblado de ocho dólares a la semana. No era exactamente un lugar para alojar mendigos, pero la policía definitivamente lo habría descrito como tal.

Abajo, en el vestíbulo, había un buzón donde difícilmente podría introducirse carta alguna, y un timbre eléctrico al que ningún dedo habría podido arrancar un sonido. Además, al departamento de Della le corres-

pondía una tarjeta con el nombre del «Señor James Dillingham Young».

El letrero de «Dillingham» se había expuesto a la brisa durante un periodo de prosperidad, cuando su dueño ganaba treinta dólares semanales. Ahora que sus ingresos habían bajado a veinte dólares, las letras de «Dillingham» se veían borrosas, como si estuvieran pensando seriamente en reducirse a una modesta y humilde «D». Pero cuando el señor James Dillingham Young llegaba a casa y subía a su departamento, lo llamaban «Jim» y era abrazado cariñosamente por la señora de Dillingham Young, quien ya fue presentada al lector como Della. Y todo eso está muy bien.

Della dejó de llorar y se secó las mejillas con una borla. Se acercó a la ventana y vio con tristeza un gato gris que caminaba sobre una verja gris en un patio gris. Al día siguiente era Navidad, y ella tenía solamente un dólar con ochenta y siete centavos para comprarle un regalo a Jim. Había ahorrado cada centavo durante meses y éste era el resultado. No se puede hacer mucho con veinte dólares a la semana. Los gastos habían sido mucho mayores de lo que esperaba. Como siempre. Sólo un dólar con ochenta y siete centavos para comprarle un regalo a Jim. Su Jim. Había pasado muchas horas felices imaginando que compraría algo bonito para él. Algo fino, hermoso y de buena calidad; algo mínimamente digno del honor de pertenecer a Jim.

Entre las ventanas de la habitación había un espejo de cuerpo entero. Quizá alguna vez el lector haya visto los espejos de cuerpo entero que hay en los departamentos de ocho dólares. Una persona muy delgada y ágil podría observar su reflejo en una sucesión de franjas longitudinales y así hacerse una idea bastante acertada de su apariencia. Como Della era esbelta, ya tenía dominado ese arte. De pronto, se alejó de la ventana y se paró ante el espejo. Los ojos le brillaban con intensidad, pero su rostro perdió el color en menos de veinte segundos. Se soltó rápidamente el cabello y lo dejó caer sobre su espalda cuan largo era.

Ahora bien, los Dillingham poseían dos cosas de las que se enorgullecían inmensamente. Una era el reloj de oro de Jim, que antes había pertenecido a su padre y antes de eso a su abuelo. La otra era la cabellera de Della. Si la reina de Saba hubiera vivido en el departamento frente al suyo, Della se habría asomado por la ventana para dejar secar su cabello con el puro afán de mostrar su desprecio por las joyas y los regalos de Su Majestad. Si el rey Salomón hubiera sido el portero, con todos sus tesoros apilados en el sótano, Jim habría sacado su reloj cada vez que tuviera que pasar frente a él, nada más para verlo mesarse la barba de envidia.

Entonces, la hermosa cabellera de Della caía ondulante como una cascada de aguas castañas. Le llegaba hasta abajo de las rodillas y la envolvía casi como un vestido. Se volvió a recoger el cabello, nerviosa y rápi-

damente. Por un minuto se sintió desfallecer y permaneció inmóvil mientras un par de lágrimas salpicaban la desgastada alfombra roja.

Se puso su vieja chamarra café; se puso su viejo sombrero café. Con un revuelo de faldas y aquel brillo todavía en los ojos, salió del departamento y bajó las escaleras hacia la calle.

Poco después, se detuvo frente a un cartel donde se leía: «Mme. Sofronie. Productos capilares de todas clases». Della subió corriendo un tramo de escaleras y se detuvo a recuperar el aliento. La «madame» corpulenta, demasiado blanca y fría, no parecía realmente la «Sofronie» que se anunciaba en la puerta.

—¿Quiere comprar mi cabello? —preguntó Della.

—Compro cabello —dijo Madame—. Quítese el sombrero y déjeme mirar el suyo.

La cascada castaña cayó libremente.

—Veinte dólares —dijo Madame, sopesando con manos expertas.

—Démelos inmediatamente —dijo Della.

Y las dos horas siguientes transcurrieron como volando en alas rosadas. El lector perdonará la trillada metáfora. Della se dedicó a registrar tienda por tienda en busca del regalo perfecto.

Al fin lo encontró. Estaba hecho para Jim y para nadie más. En ninguna otra tienda había un regalo como ése; ella las había inspeccionado todas hasta el último rincón. Era una cadena para reloj, de platino, sencilla y de

diseño pulcro, que proclamaba su valor por sí misma y no por alguna ornamentación inútil y de mal gusto..., tal como debería ser siempre. Era digna hasta de El Reloj. Apenas la vio, supo que tenía que ser de Jim. Era como él: sencilla y valiosa. Pagó veintiún dólares por ella y regresó rápidamente a casa con los ochenta y siete centavos sobrantes. Con esa cadena en su reloj, Jim tendría justificación para mirar ansiosamente la hora en compañía de cualquiera. Aunque el reloj era espléndido, Jim a veces miraba la hora a hurtadillas porque le daba pena la gastada correa de cuero que usaba a modo de cadena.

Cuando Della llegó a casa, su emoción cedió el paso a cierta prudencia y sensatez. Sacó sus tenacillas para el pelo, encendió el gas y empezó a reparar los estragos de su generosidad sumada al amor, lo cual es una tarea tremenda, amigos míos, una tarea gigantesca.

A los cuarenta minutos, su cabeza estaba cubierta de rizos pequeños y apretados que la hacían parecerse a un estudiante que ha faltado a clases. Se miró largamente en el espejo, con cuidado y ojos críticos.

«Si Jim no me mata antes de mirarme por segunda vez —se dijo—, dirá que parezco una corista de Coney Island. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? ¡Ah! ¿Qué podría haber hecho con un dólar y ochenta y siete centavos?». ».

A las siete, Della ya había preparado el café y la sartén estaba caliente en la estufa, lista para cocinar las chuletas.

Jim nunca llegaba tarde. Della apretó la cadena con la mano y se sentó en la punta de la mesa que quedaba cerca de la puerta. Entonces escuchó sus pasos en el primer rellano de la escalera y palideció por un momento. Acostumbraba rezar en silencio por las cosas más simples y cotidianas, y esta vez murmuró: «Dios mío, por favor haz que Jim siga pensando que soy bonita».

La puerta se abrió, Jim entró y la cerró. Se veía flaco y serio. Pobre muchacho, sólo tenía veintidós años y ¡ya con una familia que mantener! Necesitaba un abrigo nuevo y no tenía guantes.

Jim cruzó el umbral y se quedó inmóvil como un perro de caza que acaba de olfatear una codorniz. Sus ojos se fijaron en Della con una expresión que su mujer no pudo interpretar, y esto la aterró. No era de enojo, ni de sorpresa, ni de desaprobación, ni de horror, ni de ninguno de los otros sentimientos para los que ella se había preparado. Jim sólo la miraba fijamente, con una expresión extraña.

Della se levantó de la mesa y se acercó a él.

—Jim, querido —exclamó—. No me mires así. Me corté el cabello y lo vendí porque no habría podido soportar la Navidad sin darte un regalo. Ya volverá a crecer. No te importa, ¿verdad? ¡Tenía que hacerlo! El cabello me crece muy rápido. Dime «Feliz Navidad»

y seamos felices, Jim. Ni te imaginas qué lindo..., qué hermoso regalo te tengo.

—¿Te cortaste el pelo? —preguntó Jim con gran trabajo, como si no pudiera entender un hecho tan evidente a pesar de hacer un enorme esfuerzo mental.

—Me lo corté y lo vendí —dijo Della—. ¿No te gusto de todas maneras? Sigo siendo la misma aun sin mi cabello, ¿no es así?

Jim paseó la mirada por la habitación con curiosidad.

—¿Dices que tu cabello ya no existe? —dijo en un tono casi idiota.

—No pierdas el tiempo buscándolo —dijo Della—. Lo vendí, ya te lo dije, lo vendí, eso es todo. Es Nochebuena, chico. Lo hice por ti, sé bueno conmigo. Quizá alguien podría haber contado mis cabellos, pero mi amor por ti no se puede medir —continuó la joven con una súbita y seria dulzura—. ¿Pongo a asar las chuletas? —preguntó.

Jim pareció volver rápidamente de su trance. Abrazó a su Della. Miremos durante unos diez segundos en otra dirección, hacia algún objeto sin importancia. Ocho dólares a la semana o un millón al año, ¿qué más da? Un matemático o algún hombre sabio nos darían la respuesta equivocada. Los Reyes Magos trajeron al Niño regalos de gran valor, pero aquél no estaba entre ellos. Este oscuro acertijo será explicado más adelante.

Jim se sacó un paquete del bolsillo del abrigo y lo puso sobre la mesa.

—No te equivoques conmigo, Della —dijo—. Ni aunque te cortes el pelo, ni aunque te afeitaras la cabeza, nada me haría amar menos a mi chica. Pero si abres ese paquete, verás por qué me confundí tanto en un primer momento.

Los blancos y ágiles dedos de Della rompieron el papel y la cinta. Y entonces se escuchó un grito de júbilo; y después, ¡ay!, un rápido y femenino cambio hacia un raudal histérico de lágrimas y gemidos, que requirieron el despliegue inmediato de todos los poderes de consuelo del señor del departamento.

Porque allí estaban Las Peinetas..., el juego completo de peinetas que Della había admirado durante mucho tiempo en una vitrina de Broadway. Eran unas peinetas muy hermosas, de carey auténtico, con joyas en los bordes y el color perfecto para la hermosa cabellera ahora desaparecida. Eran peinetas muy caras, ella lo sabía, y su corazón había suspirado por ellas y las había anhelado sin la menor esperanza de poseerlas algún día. Ahora eran suyas, pero los mechones que debían ser adornados con los codiciados adornos ya no existían.

Pero Della las oprimió contra su pecho y, finalmente, pudo levantar sus ojos húmedos de lágrimas y, con una débil sonrisa, dijo:

—¡Mi cabello crecerá muy rápido, Jim! —Y entonces dio unos saltos como de gatito y gritó—: ¡Oh, oh!

Jim aún no había visto su hermoso regalo. Della se lo mostró con vehemencia en la mano abierta. El pre-

cioso metal opaco pareció brillar con la luz del espíritu apasionado de Della.

—¿Verdad que es maravillosa, Jim? Recorrí la ciudad entera para encontrarla. Ahora tendrás que mirar la hora cien veces al día. Dame tu reloj. Quiero ver cómo le queda la cadena.

En vez de obedecer, Jim se dejó caer en el sofá, se cruzó las manos debajo de la nuca y sonrió.

—Dell —le dijo—, olvidémonos de nuestros regalos de Navidad por ahora. Son demasiado hermosos para usarlos en este momento. Vendí mi reloj para comprarte las peinetas. Y ahora pon a asar las chuletas.

Los Reyes Magos, como ustedes seguramente saben, eran muy sabios (maravillosamente sabios) y llevaron regalos al Niño en el pesebre. Ellos inventaron el arte de dar regalos en Navidad. Como eran sabios, no cabe duda de que también sus regalos lo eran, y seguro podían cambiarse si estaban repetidos. Y aquí les he contado torpemente la sencilla historia de dos jóvenes tontos que vivían en un departamento y que, insensatamente, sacrificaron el uno para el otro los más valiosos tesoros que tenían. Pero, para terminar, digamos a los sabios de hoy en día que, de todos los que hacen regalos, ellos fueron los más sabios. De todos los que dan y reciben regalos, los más sabios son como Jim y Della. Ellos son los Reyes Magos.

El cuarto del tragaluz

Primero, la señora Parker mostraba los salones dobles. Nadie se atrevería a interrumpir su detallada descripción de las ventajas de aquella vivienda y de los méritos profesionales del caballero que la ocupó durante ocho años. Entonces uno se las arreglaba para declarar, tartamudeando, que no era ni médico ni dentista. La señora Parker recibía esta revelación con un gesto tal que, a partir de entonces, uno ya no podía albergar los mismos sentimientos hacia sus propios padres, quienes no se ocuparon de brindarle la educación necesaria para aprender alguna de las profesiones dignas de los salones de la señora Parker.

Después uno ascendía un tramo de escaleras y echaba un vistazo a la parte posterior del segundo piso, que se rentaba por ocho dólares. Convencido por la actitud de la dueña de que realmente vale los doce dólares que pagaba el señor Toosenberry antes de irse a administrar la plantación de naranjas de su hermano en Florida, cerca de Palm Beach (donde la señora McIntyre solía veranear en el amplio cuarto doble con baño privado), uno lograba balbucear que buscaba algo todavía más barato.

Si uno sobrevivía al desdén de la señora Parker, era llevado a ver la espaciosa habitación del señor Skidder, en el tercer piso. Este cuarto no estaba disponible; el señor

Skidder escribía obras de teatro mientras fumaba cigarrillos todo el día. Aunque estaba ocupado, la señora Parker llevaba a los solicitantes a ver las cortinas con lambrequines. Después de cada visita, el señor Skidder, por temor a ser desalojado, pagaba una parte de su renta.

Sólo entonces (oh, finalmente), si uno todavía se sostenía en pie, con la mano caliente aferrada a sus tres dólares húmedos de sudor en el bolsillo, y proclamaba su horrorosa, árida y culposa pobreza, la señora Parker abandonaba su papel de guía. Graznaba agudamente la palabra «Clara», daba la espalda y bajaba las escaleras. Entonces Clara, la sirvienta negra, acompañaba al visitante por los escalones alfombrados que llevaban al cuarto piso, y le enseñaba el cuarto del tragaluz: un espacio de dos metros por dos con cincuenta, en medio del ático, con oscuros armarios de madera a cada lado.

Dentro había un catre de hierro, un lavabo y una silla. Un estante hacía las veces de tocador. Sus cuatro paredes desnudas parecían aprisionar a su ocupante como los lados de un ataúd. Uno se llevaba la mano a la garganta, suspiraba, miraba hacia arriba como si estuviera dentro de un pozo... y respiraba de nuevo. A través del vidrio del pequeño tragaluz se podía ver un cuadrado de azul infinito.

—Dos dólares, señor —decía Clara en un tono medio sureño, medio despectivo.

Un día la señorita Leeson fue allí en busca de una habitación. Llevaba consigo una máquina de escribir di-

señada para que la cargara una mujer mucho más corpulenta. Ella era una joven diminuta, con unos ojos y una cabellera que siguieron creciendo después de que ella había dejado de hacerlo, y que siempre parecían decir: «¡Dios! ¿Por qué no nos sigues el paso?».

La señora Parker le mostró la sala doble.

—En este armario —dijo— se podría guardar un esqueleto, o la anestesia, o carbón...

—Pero... yo no soy ni doctora ni dentista —dijo la señorita Leeson, con un escalofrío.

La señora Parker le dirigió la mirada incrédula, compasiva, irónica y fría que reservaba para quienes no habían logrado ser ni doctores ni dentistas, y siguió hacia el segundo piso.

—¡Ocho dólares?! —exclamó la joven—. ¡Vaya! Pero si no soy de plata, aunque me vea tan pálida. Soy sólo una humilde trabajadora. Muéstreme algo más alto y más barato.

Cuando oyó ruidos en su puerta, el señor Skidder se levantó de un salto, desperdigando sus colillas por todo el piso.

—Disculpe, señor Skidder —dijo la señora Parker con su malévola sonrisa, mientras él palidecía—. No sabía que estaba en casa. Quería que la señorita viera sus cortinas.

—Son demasiado hermosas —dijo la señorita Leeson, sonriendo como los ángeles.

Cuando se fueron, el señor Skidder se ocupó en reemplazar a la heroína alta y de cabello negro de su obra dramática más reciente (aún sin terminar), por una protagonista menuda y pícaro, de abundante cabellera clara y con facciones vivaces.

—Anna Held querrá representarla —se dijo el señor Skidder subiendo los pies a los cortineros y perdiéndose entre una nube de humo, como si fuera un ser etéreo.

En ese momento, el llamado resonante de «¡Clara!» anunció a los cuatro vientos la situación económica de la señorita Leeson. Entonces, un duende de piel oscura se apoderó de ella, la condujo por la tenebrosa escalerilla, la arrojó en una bóveda que tenía un rayo de luz en lo alto, y masculló las palabras amenazadoras y cabalísticas:

—¡Dos dólares!

—¡Lo tomo! —suspiró la señorita Leeson, dejándose caer en el rechinante catre de hierro.

La jovencita iba a trabajar todos los días. Por las noches, traía consigo algunas cuartillas manuscritas y mecanografiaba algunas copias en su máquina de escribir. A veces, cuando no tenía trabajo en las noches, se sentaba en los escalones con los demás inquilinos. Cuando se diseñaron los planos para su creación, la señorita Leeson no fue pensada para un cuarto con tragaluz como aquel. Era una chica alegre y animosa, llena de fantasías tiernas y extravagantes. En una ocasión, permitió que el señor Skidder le leyera tres actos de su gran comedia (sin publicar): *No es un niño, o El heredero del metro*.

Los inquilinos varones se deleitaban siempre que la joven tenía tiempo para sentarse en las escaleras por una o dos horas. Pero la señorita Longnecker, una mujer rubia y alta que daba clases en una escuela pública y que siempre respondía con un «¡Vaya! ¿De verdad?» a todo lo que uno le decía, se sentaba en el escalón superior y resoplaba. Y la señorita Dorn, que trabajaba en una tienda departamental y se distraía los domingos jugando al tiro al pato en Coney Island, se sentaba en el escalón inferior, también a resoplar. La señorita Leeson se ubicaba en el peldaño del centro, y rápidamente los caballeros se agrupaban a su alrededor.

Especialmente el señor Skidder, quien le había asignado en su mente el papel protagónico en un drama privado y romántico (secreto) en la vida real. Y especialmente el señor Hoover, de cuarenta y cinco años, regordete, colorado y soso. Y también especialmente el muy joven señor Evans, que fingía una aguda tos para que la chica le suplicara que dejara de fumar. Los hombres la nombraron «la más divertida y jovial de todas»; pero los resoplidos en los escalones de arriba y abajo eran implacables.

Ruego al lector que me permita hacer una pausa en el curso del drama, para que el coro avance hacia las luces del proscenio, derrame una lágrima elegíaca sobre la obesidad del señor Hoover, y afine las flautas con la tragedia de su grasa, lo escandaloso de su volumen, lo calami-

tosos de su corpulencia. Puesto a prueba, Falstaff habría rendido más romanticismo por tonelada que las raquílicas costillas de Romeo por gramo. A un enamorado se le admite suspirar, pero no jadear. Los gordos quedan incorporados al cortejo de Momo. El corazón más fiel late en vano si está ubicado arriba de una cintura que mide más de ciento treinta centímetros. ¡Olvídalo, Hoover! Hoover, de cuarenta y cinco años, colorado y soso, podrías haber raptado a la mismísima Helena. Hoover, de cuarenta y cinco años, colorado, soso, y además gordo, estás condenado a la perdición. Nunca tuviste la más mínima oportunidad, Hoover.

Una noche de verano, mientras los inquilinos de la señora Parker estaban sentados como acostumbraban, la señorita Leeson alzó la mirada al cielo y exclamó con su alegre risita:

—¡Miren, Billy² Jackson! Puedo verlo desde aquí.

Todos miraron hacia arriba, algunos hacia las ventanas de los rascacielos, y otros buscaron un avión piloteado por el capitán Jackson.

—Es una estrella —explicó la jovencita, señalando con su delgado dedo—. No la grandota que titila, sino la de luz azul fija que está al lado. Puedo verla todas las noches por mi tragaluz; la nombré Billy Jackson.

.....

2 Billy es el hipocorístico del nombre de William. (N. del Ed.)

—¡Vaya! ¿De verdad? —dijo la señorita Longnecker—. No sabía que fuera usted astrónoma, señorita Leeson.

—Oh, sí —dijo la pequeña contempladora de estrellas—. Sé tanto como cualquiera de ellos sobre la moda que se llevará el próximo otoño en Marte.

—¡Vaya! ¿De verdad? —repitió la maestra de escuela—. La estrella a la que usted se refiere se llama Gamma, de la constelación de Casiopea; es casi de segunda magnitud, y su ubicación, según el meridiano, es...

—Opino —la interrumpió el joven señor Evans— que Billy Jackson es un nombre mucho mejor.

—Opino lo mismo —agregó el señor Hoover en voz alta y miró desafiante a la señorita Longnecker—. Creo que la señorita Leeson tiene tanto derecho de nombrar las estrellas como cualquiera de esos viejos astrólogos.

—¡Vaya! ¿De verdad? —dijo la señorita Longnecker.

—Me pregunto si es una estrella fugaz —señaló la señorita Dorn—, veloz como los disparos. El domingo pasado le atiné a un conejo y a nueve de diez patos en el juego de tiro en Coney.

—Desde aquí no se puede apreciar bien —dijo la joven inquilina—. Deberían verla desde mi cuarto. ¿Saben que las estrellas se pueden ver desde el fondo de un pozo, incluso si es de día? Por las noches mi cuarto es como el fondo de una mina de carbón, y por eso Billy Jackson parece un gran broche de diamante con el que la noche se sujeta su kimono.

Después de aquel episodio, llegó una época en la que la joven mecanógrafa ya no traía a casa montones de papeles para transcribir. Cuando salía en las mañanas, en lugar de trabajar iba de oficina en oficina, con el corazón deshecho por la constante lluvia de negativas que le trasmitían una serie de mensajeros insolentes. Esta situación se prolongó por largo tiempo.

Llegó una noche en que subió con paso fatigado por la escalera de la señora Parker a la hora en la que solía regresar de cenar en un restaurante, pero esta vez no había cenado.

Mientras entraba al vestíbulo, se encontró con el señor Hoover, quien aprovechó la oportunidad. Le pidió que se casara con él y descargó su gordura sobre ella como una avalancha. Ella logró esquivarlo y se aferró al barandal. Él quiso tomarle la mano, pero ella la levantó y lo abofeteó débilmente. Subió los escalones poco a poco, aferrándose al pasamanos. Pasó frente a la puerta del señor Skidder en el momento en que él marcaba con tinta roja una acotación para Myrtle Delorme (la señorita Leeson) en su comedia (rechazada por el editor), en la que le indicaba «girar graciosamente sobre el escenario desde la izquierda hasta llegar al lado del Conde». Logró trepar difícilmente por la escalerilla alfombrada y abrir la puerta del cuarto del tragaluz.

Se sentía demasiado débil para encender la lámpara o desvestirse. Se desplomó sobre el catre de hierro, y los desgastados resortes del colchón apenas se movieron

bajo su frágil cuerpo. Y mientras yacía en aquel sombrío cuarto, propio del dios Érebo, la jovencita abrió lentamente sus pesados párpados y sonrió.

Billy Jackson le enviaba su resplandor sereno, brillante y constante a través del tragaluz. El mundo había dejado de existir a su alrededor. Estaba sumergida en un pozo de oscuridad, sola excepto por el pequeño cuadrado de luz pálida que enmarcaba la estrella que ella, caprichosa e inútilmente, había bautizado. La señorita Longnecker tenía razón: era Gamma, de la constelación de Casiopea, y no Billy Jackson; pero ella no aceptaba que fuera Gamma.

Tendida bocarriba, intentó dos veces levantar el brazo. Al tercer intento, logró poner dos delgados dedos en sus labios y lanzar un beso a Billy Jackson desde el fondo de su oscuro pozo. El brazo se desplomó.

—Adiós, Billy —murmuró con voz desfallecida—. Te encuentras a millones de kilómetros y ni siquiera parpadeas. Pero estuviste ahí, donde pude verte casi siempre, cuando había más que tinieblas alrededor, ¿no es así? Millones de kilómetros. Adiós, Billy Jackson.

Clara, la sirvienta negra, encontró la puerta cerrada con llave al día siguiente, a las diez de la mañana, y entre todos lograron abrirla. Cuando vieron que ni el vinagre, ni las palmadas en las muñecas, ni el humo de plumas quemadas lograron reanimarla, alguien corrió a llamar una ambulancia.

Después de un rato, el vehículo se estacionó frente a la entrada del edificio con su estrepitosa alarma, y el joven médico, con su bata blanca, listo, hábil y confiado, con su cara bien afeitada y una expresión entre afable y seria, se precipitó escaleras arriba y dijo:

—La ambulancia que pidieron para el número 49. ¿Cuál es el problema?

—¡Ay, doctor! —sollozó consternada la señora Parker, visiblemente más irritada por el hecho de que hubiese tal escándalo en su casa que por el problema en sí—. No entiendo qué le sucede. No conseguimos que vuelva en sí. Es una jovencita, la señorita ... Els ... ¡Ah, sí! La señorita Elsie Leeson. Es la primera vez que en mi casa ...

—¿En cuál habitación? —gritó el médico con un vozarrón al que la señora Parker no estaba acostumbrada.

—En el cuarto del tragaluz. El que está ...

Evidentemente, el médico conocía la ubicación de los cuartos con tragaluz. Se arrojó escaleras arriba, saltando escalones de cuatro en cuatro, mientras la señora Parker lo seguía lentamente, tal como le exigían su dignidad y la ocasión.

Se encontró con el médico en el primer rellano, que ya descendía con la joven astrónoma en brazos. Él se detuvo ante la señora y dejó soltar, en voz baja, el afilado escarpelo de su lengua. Al oírlo, la señora Parker se derrumbó poco a poco, como un vestido almidonado que

se resbala del clavo de donde pendía. La señora Parker conservó las arrugas en la mente por mucho tiempo después de ese día, y a veces sus inquilinos más curiosos le preguntaban qué le había dicho el doctor.

—No importa —contestaba ella—. Si algún día logro perdonarme a mí misma por haberlo escuchado, estaré satisfecha.

El médico de la ambulancia avanzó a zancadas entre la jauría de curiosos, e incluso algunos se replegaron para abrirle paso, desconcertados al ver su expresión, que era la de alguien que cargaba a un muerto propio.

Observaron que no depositó a la joven sobre la camilla dispuesta para ello en la ambulancia, sino que seguía cargándola, y sólo le ordenó al conductor: «¡Písale con todo, Wilson!».

Y eso es todo. ¿Puede esto llamarse un cuento? En el periódico de la mañana siguiente vi una noticia breve, y su última oración puede ayudar al lector (como me ayudó a mí) a hilar los acontecimientos.

Decía que el Hospital Bellevue había recibido a una joven proveniente del número 49 de la calle... Este, quien sufría de debilidad aguda causada por hambre. Concluía con estas palabras:

«El doctor William Jackson, el médico de la ambulancia que atendió el caso, asegura que la paciente se recuperará».

Mammon y el arquero

El viejo Anthony Rockwall, fabricante retirado y propietario de la compañía jabonera Eureka de Rockwall, miró por la ventana de la biblioteca de su mansión en la Quinta Avenida y sonrió. Su vecino de la derecha, el aristocrático y fanático de los clubes V. Van Schuylight Suffolk-Jones, se dirigió hacia el automóvil que lo esperaba y frunció la nariz, como de costumbre, ante la estatua renacentista que ostentaba la fachada del palacio de jabón de Rockwall.

—¡Engreído monigote bueno para nada! —comentó el exrey del jabón—. El Museo del Edén se quedará con ese viejo Nesselrode petrificado si no se cuida. El próximo verano pintaré esta casa de rojo, blanco y azul, y veremos si eso lo hace levantar aún más su holandesa nariz.

Y entonces Anthony Rockwall, a quien nunca le habían gustado las campanillas, fue a la puerta de la biblioteca y gritó: «¡Mike!» en el mismo tono en el que alguna vez desgastó las praderas de Kansas.

—Dígale a mi hijo que venga antes de irse —ordenó al sirviente que acudió a su llamado.

Cuando el joven Rockwall entró a la biblioteca, el viejo dejó el periódico a un lado, lo miró con severidad amable en su semblante liso, amplio y rubicundo,

y se revolvió con una mano su mechón de pelo blanco mientras hacía tintinear con la otra las llaves en el bolsillo.

—Richard —dijo Anthony Rockwall—. ¿Cuánto pagas por el jabón que usas?

Estas palabras sobresaltaron un tanto a Richard, quien había vuelto de la universidad seis meses antes. Aún no conocía lo suficiente a su padre, un hombre tan impredecible como una muchacha en su primera fiesta.

—Seis dólares la docena de barras, papá, eso creo.

—¿Y por tu ropa?

—Calculo que unos sesenta dólares, generalmente.

—Eres un caballero —declaró Anthony, decididamente—. He oído hablar de esos jovencitos que pagan veinticuatro dólares por una docena de barras de jabón y más de cien cuando compran ropa. Tienes tanto dinero para derrochar como cualquiera de ellos, pero te limitas a lo que es decente y moderado. Por mi parte, uso el viejo Eureka..., no por razones sentimentales, sino porque es el jabón más puro en el mercado. Siempre que se gastan más de diez centavos en una barra de jabón, realmente estás pagando por mal perfume y la etiqueta. Pero cincuenta centavos está en consonancia con un joven de tu generación y posición. Como dije, eres un caballero. Dicen que se requieren tres generaciones para formar uno. Se equivocan. El dinero lo forma con la misma facilidad con que se desliza la grasa del jabón. Te ha convertido en un caballero. Y

¿qué diablos? Por poco ha hecho uno de mí. Soy casi tan descortés y desagradable y maleducado como esos dos viejos holandeses que viven en las casas contiguas a la mía y que no duermen tranquilos desde que compré la casa entre las suyas.

—Hay cosas que no se pueden comprar con dinero —observó el joven Rockwall, con aire lúgubre.

—Vamos, no digas eso —dijo el viejo Anthony, escandalizado—. Apuesto mi dinero en favor del dinero cuando quieras. He recorrido el diccionario íntegro, hasta la ye, y no he encontrado nada que el dinero no pueda comprar. Creo que tendré que leer el apéndice la próxima semana. Juego al dinero contra el mundo entero. Dime algo que no se pueda comprar.

—Para empezar, no permite ingresar a los círculos selectos de la sociedad —respondió Richard, un poco fastidiado.

—¡Ajá! ¿Cómo de que no? —gritó el paladín de la raíz del mal—. ¿Dónde estarían tus círculos selectos si el primero de los Astor no hubiera tenido dinero para pagar su pasaje para venir aquí?

Richard suspiró.

—Y a eso iba —continuó el viejo, menos alterado—. Por eso te llamé. A ti te pasa algo, muchacho. Lo he notado las dos últimas semanas. Vamos, habla. Creo que podría disponer de once millones en las siguientes veinticuatro horas, sin contar mis inmuebles. Si se trata

de tu hígado, tienes el *Rambler* en la bahía, cargado de carbón y listo para llevarte a las Bahamas en dos días.

—Tu conjetura no está mal, papá; casi le atinas.

—¡Ah! —dijo con vivacidad Anthony—. ¿Cómo se llama la chica?

Richard empezó a pasearse por la biblioteca. Había suficiente camaradería y solidaridad en ese padre suyo para ganarse su confianza.

—¿Por qué no le declaras tu amor? —preguntó el viejo Anthony—. Te brincará encima. Tienes dinero y estampa, y eres un muchacho decente. Tienes las manos limpias, sin una pizca de jabón Eureka en ellas. Fuiste a la universidad, pero seguro eso no le importará.

—No he tenido oportunidad de hablarle —dijo Richard.

—Búscala —dijo su padre—. Llévala a pasear por el parque, o a dar una vuelta en carruaje, o acompáñala a casa saliendo de la iglesia. ¡Una oportunidad! ¡Bah!

—Tú no conoces el molino social, papá. Ella forma parte de la corriente que lo hace girar. Cada día, cada hora y cada minuto de su tiempo están ocupados con días de antelación. Necesito ganarme a esa muchacha, papá, o esta ciudad será siempre para mí un pantano. Y no puedo escribirle, no puedo.

—¡Hombre! —dijo el viejo—. ¿Quieres hacerme creer que, con todo mi dinero, no puedes conseguirte un par de horas del tiempo de esa chica?

—Llegué demasiado tarde. Ella se embarca hacia Europa pasado mañana a mediodía, para quedarse allí dos años. La veré a solas mañana por la noche durante unos minutos. Ahora está en Larchmont, en casa de su tía. No puedo ir allí, pero me permitió ir a recibirla a la estación Grand Central mañana por la noche, cuando llegue el tren de las 8:30. Iremos por Broadway a toda velocidad al Wallack, donde su madre y unos amigos nos esperarán en el vestíbulo. ¿Crees que escucharía una declaración mía durante esos seis u ocho minutos, en semejantes circunstancias? No. ¿Y qué probabilidades de éxito tendría yo en el teatro o más tarde? Ninguna. No, papá. Tu dinero no puede desenredar este embrollo. No podemos comprar un solo minuto de tiempo con dinero; si así fuera, la gente rica viviría mucho más. No tengo esperanzas de hablar con la señorita Lantry antes de que se vaya.

—Muy bien, Richard, hijo mío —dijo el viejo Anthony en tono alegre—. Ahora puedes irte a tu club. Me alegro de que no se trate de tu hígado. Pero no olvides quemar un par de varas de incienso apestoso para el gran dios Mazuma en el templo chino de vez en cuando. ¿Dices que con el dinero no se puede comprar tiempo? Bueno, desde luego, uno no puede ordenar que le envuelvan la eternidad y se la manden a casa por unos cuantos dólares, pero he visto al Padre Tiempo llevarse moretones en los tobillos al cruzar las minas de oro.

Esa noche llegó la afable, sentimental, arrugada, suspirante (y abrumada por las riquezas) tía Ellen, y al encontrar a su hermano Anthony leyendo el periódico de la noche, empezaron a hablar sobre los infortunios de los enamorados.

—Richard ya me lo contó todo —declaró Anthony, bostezando—. Le contesté que mi cuenta bancaria estaba a su disposición. Entonces empezó a hablar pesates del dinero. Dijo que no servía, que las normas sociales no podían ser desviadas ni un metro por un equipo de multimillonarios.

—Oh, Anthony —replicó, con un suspiro, la tía Ellen—. Ojalá no le dieras tanta importancia al dinero. La riqueza no significa nada cuando hay un cariño verdadero de por medio. El amor es todopoderoso. ¡Si sólo nos hubiera dicho antes! Ella no habría podido rechazar a nuestro Richard. Pero ahora temo que sea demasiado tarde. Ya no tendrá oportunidad de declarársele. Todo tu oro no puede darle la felicidad a tu hijo.

A las ocho de la noche siguiente, la tía Ellen sacó un antiguo anillo de oro de un estuche apolillado y se lo dio a Richard.

—Úsalo esta noche, sobrino —pidió—. Me lo regaló tu madre. Dijo que daba suerte en el amor. Me rogó que te lo diera cuando encontraras a la mujer amada.

El joven Rockwall tomó el anillo con reverencia y se lo probó en el meñique. Llegó hasta la segunda coyuntura y se atoró, así que se lo quitó y se lo guardó

en el bolsillo del chaleco, como hacían los caballeros. Luego pidió su coche por teléfono.

En la estación, rescató a la señorita Lantry de entre la ruidosa multitud a las 8:32.

—No debemos hacer esperar a mamá y a los demás —dijo la joven.

—¡Al teatro Wallack, lo más rápido que pueda! —ordenó Richard, que era muy leal.

Enfilaron velozmente por la calle Cuarenta y Dos hasta Broadway y siguieron avenida abajo por el carril iluminado como con mil estrellas blancas, que va de las suaves praderas del ocaso hasta las rocosas colinas de la mañana.

En la calle Treinta y Cuatro, el joven Richard levantó con rapidez la escotilla y ordenó al cochero que parara.

—Se me cayó un anillo —dijo a modo de disculpa, mientras bajaba del carruaje—. Era de mi madre y me dolería mucho perderlo. Sólo tomará un minuto; vi dónde cayó.

En menos de un minuto, el joven Rockwall estaba de vuelta con el anillo.

Pero en algún momento de ese minuto, un autobús se había detenido delante del carruaje. El cochero intentó rebasarlo por la izquierda, pero un vagón de carga se le cerró. Lo intentó por la derecha y tuvo que retroceder de un carro de mudanzas que no tenía por qué estar allí. Trató de salir, pero finalmente soltó las riendas y maldijo

a conciencia. Lo bloqueaba una maraña enredada de carros y caballos.

Se había producido un embotellamiento de esos que paralizan el comercio y el movimiento en la gran ciudad.

—¿Por qué no nos vamos? —preguntó con impaciencia la señorita Lantry—. Llegaremos tarde.

Richard se puso de pie, asomó la cabeza y miró alrededor. Vio un río congestionado de vagones, camiones, carruajes, furgones y carretas que llenaban el vasto espacio donde se cruzan Broadway, la Sexta Avenida y la calle Treinta y Cuatro. El tránsito era tal como una mujer talla veintiséis llena su corsé del veintidós. Y seguían llegando vehículos desde las calles adyacentes; traqueteaban a toda máquina o caballo hacia lo más denso del nudo, trababan las ruedas y añadían los improprios de sus conductores al bullicio. Parecía que todo el tránsito de Manhattan se había atascado en torno a ellos. La persona más vieja entre los neoyorquinos que miraban desde las aceras no había visto un embotellamiento de las proporciones de éste en su vida.

—Lo siento muchísimo —dijo Richard, volviendo a sentarse—. Pero estamos atorados. Se va a tardar por lo menos una hora en resolverse este lío. Es mi culpa. Si no se me hubiera caído el anillo, habríamos...

—Déjame ver el anillo —dijo la señorita Lantry—. Si no podemos hacer nada, ya no importa. De todos modos, los teatros son estúpidos.

A las once de la noche, alguien llamó suavemente a la puerta de Anthony Rockwall.

—¡Adelante! —gritó Anthony, quien llevaba puesta una bata roja y leía un libro de aventuras de piratas.

Ese alguien era la tía Ellen, que lucía como un ángel de cabello gris descendido a la Tierra por error.

—Están comprometidos, Anthony —dijo en tono suave—. Prometió casarse con nuestro Richard. Camino al teatro, se atoraron en un congestionamiento de tránsito y su carruaje no se movió dos horas. Y..., ¡ah, hermano! No vuelvas a presumir el poder del dinero. Un pequeño emblema de amor, un anillo que simboliza cariño eterno y desinteresado... Se le cayó en la calle, se bajó para recuperarlo y antes de que pudieran proseguir el viaje, estaban atorados. Richard le habló y se la ganó mientras el coche estaba anclado allí. El dinero es basura comparado con el verdadero amor, Anthony.

—Muy bien —dijo el viejo Anthony—. Me alegra que el chico haya conseguido lo que quería. Ya le dije yo que no ahorraría gastos con tal que él...

—Pero... ¿de qué habría podido servir tu dinero, hermano Anthony?

—Hermana —dijo Anthony Rockwall—. Mi pirata tiene un problema enorme. Hundieron su barco y entiende el valor del dinero demasiado bien como para dejar que se ahogue. Por favor, déjame contarte este capítulo.

Este cuento debería acabar aquí. Yo lo desearía tanto como el lector. Pero debemos llegar al fondo del pozo para descubrir la verdad.

Al día siguiente, una persona de manos rojas y corbata de lunares, que se hacía llamar Kelly, vino a casa de Anthony Rockwall y fue recibido sin demora en la biblioteca.

—Bueno —dijo Anthony, tomando su chequera—. Fue un buen trabajo. Veamos... Le di cinco mil dólares en efectivo.

—Agregué otros trescientos de mi bolsillo —repuso Kelly—. Tuve que exceder un poco el presupuesto. Pude conseguir la mayoría de los vagones y carruajes por cinco dólares, pero los camiones y las yuntas de caballos me costaron diez. Los conductores de tranvías pidieron diez dólares y algunas carretas, veinte. Los más caros fueron los policías; a dos de ellos les pagué cincuenta dólares, a los demás, veinte y veinticinco. Pero... ¿a poco no salió bien, señor Rockwall? Me alegra que William A. Brandy no haya presenciado esa escenita. ¡Se le rompería el corazón de envidia! ¡Y eso que no lo ensayamos ni una vez! Los muchachos llegaron al lugar correcto con puntualidad perfecta. Pasaron dos horas antes de que una víbora pudiera meterse debajo de la estatua de Greeley.

—Aquí tiene mil trescientos dólares, Kelly —dijo Anthony, desprendiendo un cheque—. Sus mil y los

otros trescientos que me tuvo que prestar. Usted no desprecia el dinero, ¿verdad, Kelly?

—¿Yo? —dijo Kelly—. Le daría una buena tunda al que inventó la pobreza.

Anthony llamó a Kelly cuando ya estaba por salir.

—¿No notó usted entre el embotellamiento a un niño regordete y desnudo que disparaba flechas con un arco? —le preguntó.

—No —respondió Kelly, intrigado—. No lo noté. Si estaba desnudo, como usted dice, es probable que los policías se lo hayan cargado antes de que llegara.

—Ya me suponía yo que ese mocosito no se iba a aparecer —dijo Anthony, riendo entre dientes—. Adiós, Kelly.

Primavera a la carta

Era un día de marzo.

Si algún día escribe un cuento, nunca jamás lo empiece así. No hay apertura peor. Es seca, sin relieve, carente de imaginación y es probable que consista en viento y nada más. Pero en este caso resulta permisible, pues el párrafo siguiente, que debió haber inaugurado la narración, es demasiado extravagante, descabellado y ridículo como para lanzárselo en la cara al lector sin preparación alguna.

Sarah lloraba sobre el menú.

Figúrese usted, ¡una chica neoyorkina derramando lágrimas sobre la carta!

Para explicar este hecho, se permitirá al lector pensar que se habían terminado las langostas, o que la chica había prometido no comer helado durante la Cuaresma, o que había pedido cebollas, o que había visto una película muy triste. Y luego, con pleno conocimiento de que esas teorías son erróneas, el lector permitirá que el relato continúe.

El caballero que afirmó que el mundo era su ostra y que la abriría con la espada causó más revuelo del que merecía. No es difícil abrir una ostra con una espada. Pero ¿alguna vez se vio que alguien tratara de abrir al

molusco terrestre con una máquina de escribir? ¿Le gustaría esperar a que le abrieran una docena con tal sistema?

Sarah había logrado abrir la ostra con esa arma incómoda lo suficiente como para mordisquear un poquito el mundo frío y húmedo en su interior. Sabía tan poca estenografía como una recién graduada de la escuela de comercio.

Al no saber taquigrafiar, no podía ingresar a la brillante galaxia de los talentos oficinescos y trabajaba como mecanógrafa independiente, haciendo copias de vez en cuando.

En su batalla contra el mundo, el triunfo mayor de Sarah había sido el trato que hizo con el restaurante Comidas Caseras Schulenberg. Su local estaba junto al viejo edificio de ladrillo en donde compartía un dormitorio. Una noche, después de cenar en Schulenberg los cinco platos del menú fijo de cuarenta centavos (servidos con la misma velocidad con la que se le arrojan a la cabeza cinco bolas de béisbol al caballero de color en la feria³), Sarah se llevó la carta a su casa. Estaba redactada en una escritura casi ilegible que no era ni inglés ni alemán, y dispuesta de modo tal que, si uno no se andaba con cuidado, empezaba la cena con budín de arroz y un palillo para terminarla con sopa y el día de la semana.

.....

3 A finales del siglo XIX y todavía a principios del XX, había un juego de feria en el que un hombre negro (o con la cara pintada de negro) asomaba la cara por una cortina para intentar esquivar pelotas que le lanzaban a cambio de premios.

Al día siguiente, Sarah le presentó a Schulenberg una tarjeta prolija en donde se leía el menú bellamente mecanografiado, con las viandas tentadoramente dispuestas bajo los encabezamientos adecuados, desde «Entradas» hasta «No nos hacemos responsables por la pérdida de abrigos y paraguas».

De inmediato, Schulenberg se convirtió en ciudadano naturalizado. Antes de irse, Sarah logró que el jefe le ofreciera un trato, y de buena gana. Ahora sería la encargada de producir menús escritos a máquina para las veintiún mesas del restaurante (un menú distinto al día), además de diseñar cartas nuevas para el desayuno y la comida con tanta frecuencia como lo requirieran los cambios en el menú o la pulcritud de las tarjetas. A cambio, Schulenberg le enviaría con un mesero (el más servil, de ser posible) tres comidas diarias a su dormitorio, y le proporcionaría todas las tardes un borrador a lápiz de lo que el destino le depararía a los clientes del restaurante al día siguiente.

El trato funcionó para satisfacción de ambos. Los comensales del restaurante pasaron a saber cómo se llamaba lo que comían, aunque a veces los intrigara su naturaleza. Y Sarah tuvo comida asegurada a lo largo de un invierno frío y oscuro, lo cual era su mayor interés.

Y luego, el calendario mintió. Dijo que había llegado la primavera, pero la primavera llega cuando llega. Las nevadas del gélido enero aún yacían inflexibles sobre las calles de la ciudad. Los organillos seguían tocando «In

the Good Old Summertime» con la misma vivacidad y sentimiento que en diciembre. Los hombres pedían créditos a treinta días para comprarles vestidos de semana santa a sus mujeres. Los porteros apagaron la calefacción. Y cuando ocurren estas cosas, uno puede estar seguro de que la ciudad sigue en las garras del invierno.

Aquella tarde, Sarah temblaba en su elegante dormitorio, separado por un tabique del resto de la sala; «calefacción, limpieza esmerada, comodidades, debe verse en persona». No tenía nada que hacer salvo los menús de Schulenberg. Sentada en su mecedora de mimbre rechinante, miraba por la ventana. El calendario de la pared insistía en gritarle: «Llegó la primavera, Sarah, llegó la primavera, de verdad. Mírame, Sarah: mis números lo dicen. Y tú, Sarah, tienes una silueta primaveral. ¿Por qué miras por la ventana con tanta tristeza?».

El cuarto de Sarah estaba en la parte trasera de la casa. Al mirar por la ventana, sólo veía un muro alto de ladrillos, sin aberturas, correspondiente a la fábrica de cajas de la calle siguiente. Pero ese muro era del cristal más transparente, y la muchacha contemplaba una pradera cubierta de césped, sombreada por cerezos y olmos, bordeada por matas de frambuesa y rosales silvestres.

Los heraldos reales de la primavera son demasiado sutiles para la vista y el oído. Algunos necesitan ver florecido el azafrán y estrellado el bosque de cornejos, o escuchar la voz del mirlo, e incluso un recordatorio tan grosero como la despedida de las ostras y el alforfón en

retirada, antes de recibir a la dama de verde contra su triste pecho. En cambio, para los hijos predilectos de este viejo mundo, llegan directos los mensajes dulces de su flamante novia, diciéndole que no serán hijastros a menos que así lo quieran.

En el verano anterior, Sarah había ido al campo, donde se enamoró de un granjero.

(Nunca se debe retroceder así al escribir un cuento. Es de mal gusto y mutila el interés. Es preciso dejar que la acción fluya, fluya).

Sarah pasó dos semanas en la granja Sunnybrook, donde llegó a enamorarse de Walter, el hijo del viejo Franklin. Muchos granjeros han sido amados, desposados y puestos a pastar en menos tiempo. Pero el joven Walter Franklin era un agricultor moderno. Tenía teléfono en los establos y sabía exactamente qué efecto tendría la cosecha de trigo del próximo año en Canadá sobre las papas plantadas durante la luna nueva.

Fue en esa sombreada y aframbuesada pradera donde Walter la cortejó y conquistó. Allí se habían sentado juntos, tejiendo una corona de dientes de león para el pelo de la chica. Él alabó sin moderación el efecto de los capullos amarillos contra sus cabellos castaños y ella dejó allí la corona y volvió a la casa balanceando su sombrero de paja entre las manos.

Debían casarse en la primavera; a las primeras señales de la primavera, había dicho Walter. Y Sarah vol-

vió a la ciudad para aporrear las teclas de su máquina de escribir.

Un golpe a la puerta borró las visiones de Sarah sobre aquel día feliz. Un mesero traía el borrador a lápiz de Comidas Caseras, redactado con la escritura angulosa del viejo Schulenberg. Ella se sentó ante la máquina y puso una tarjeta entre los rodillos. Era una empleada muy hábil; por lo general, una hora y media le bastaba para terminar los veintiún menús.

Ese día, los cambios de la lista eran más numerosos que de costumbre. Las sopas se volvieron más ligeras y había desaparecido el cerdo de los platos fuertes; sólo figuraba, con nabos, en la sección «Parrilla».

El gracioso espíritu de la primavera impregnaba todo el menú. Los corderos que poco antes brincaban en las verdes colinas ahora se aprovechaban con una salsa que conmemoraba sus cabriolas. El canto de la ostra, aunque no acallado, se convirtió en *diminuendo con amore*. La sartén parecía pender inactiva tras las barras benéficas de la parrilla. La lista de pasteles se engrosó; los budines más sustanciosos se habían desvanecido, y el salchichón, ataviado con sus vestiduras, flotaba apenas en una agradable catalepsia junto con los fajos de trigo y el dulce pero malhadado jarabe de maple.

Los dedos de Sarah bailaban como los mosquitos sobre un arrollo estival. De plato en plato, fue dando a cada uno su sitio exacto según la longitud del nombre, calculando con ojo experto.

Antes del postre venía la lista de verduras: zanahorias y chícharos, espárragos sobre pan tostado, los perennes tomates, maíz, frijoles, col morada..., y de pronto...

Sarah lloraba sobre su menú. Desde las profundidades de alguna sagrada desesperación, las lágrimas se elevaron en su corazón y se le agolparon en los ojos. Bajó la cabeza sobre la pequeña máquina de escribir, y el teclado matraqueó un seco acompañamiento a sus húmedos sollozos.

Sucedía que no había recibido carta de Walter en las dos últimas semanas, y el siguiente plato del menú era diente de león..., diente de león con huevos... ¡Pero a quién le importaban los huevos! Diente de león, cuyos dorados pimientos había usado Walter para coronarla y nombrarla su reina de amor y futura esposa. Dientes de león, los heraldos de la primavera, la corona de espinas de su tristeza, remembranza de días más felices.

Señora, la desafío a sonreír mientras concluye esta prueba: que le sirvan en ensalada, con aderezo francés, las rosas finísimas que le trajo Percy la noche en que usted le dio su corazón. Si Julieta hubiera visto así deshonorados los testimonios de su amor, tanto antes habría ansiado las hierbas letales del buen boticario.

Pero ¡qué bruja es la primavera! Era preciso enviar un mensaje a la fría metrópolis de piedra y acero. No había quién lo llevara, salvo el pequeño y resistente mensajero de los campos, el de toscos abrigos verdes y aspecto humilde. Era un verdadero soldado de la fortuna, este

diente de león. Al aflorar, será asistente del amor, enredado en la cabellera castaña de mi dama; joven, imberbe y sin flor, entra en la cacerola y transmite la palabra de su soberana.

Poco a poco, Sarah contuvo las lágrimas. Había que escribir los menús. Sin embargo, aún envuelta en el resplandor dorado de sus fantasías diente-de-leonezcas, acarició las teclas de la máquina con las yemas de los dedos, distraída, con la mente y el corazón en la pradera de su joven granjero. Pero luego regresó de golpe a las calles empedradas de Manhattan y los tipos de metal empezaron a temblar y sacudirse como el automóvil de un traidor que rompe una huelga.

A las seis de la tarde, el mesero le trajo la cena y se llevó cartas mecanografiadas. Sarah hizo a un lado, suspirando, el plato de dientes de león con su corona de huevos. Tal como esa masa oscura había pasado de ser una flor brillante, sostenida por el amor, a una ignominiosa verdura, así sus esperanzas estivales se marchitaban y perecían. Como dice Shakespeare, el amor puede alimentarse a sí mismo, pero Sarah no lograba obligarse a comer las plantas que, como adorno, habían agraciado el primer banquete espiritual de su corazón.

A las siete y media, la pareja del cuarto vecino empezó a discutir; el hombre del cuarto de arriba buscaba un la en su flauta; la lámpara de gas perdió un poco de potencia; tres carros de carbón empezaron a descargar (el único ruido que pone celoso al fonógrafo); y los ga-

tos de las cercas traseras se retiraron lentamente hacia otros vecindarios.

Estas señales indicaron a Sarah que era hora de leer. Sacó *El claustro y el hogar* (el libro menos vendido del mes), apoyó los pies sobre el baúl y empezó a divagar con Gerard.

En eso oyó el timbre de la puerta principal. La casera atendió, pero Sarah abandonó a Gerard y a Danys acorralados en un árbol por un oso, para prestar atención. ¡Oh, pero claro que ustedes habrían hecho lo mismo!

Entonces se escuchó un vozarrón en el vestíbulo de abajo. Sarah brincó hacia la puerta, dejando el libro en el suelo y al oso como fácil vencedor del primer encuentro.

Sí, adivinó usted. Apenas había llegado a la escalera cuando apareció su granjero, subiendo los escalones de a tres, y la segó limpiamente, sin dejar nada a los espigadores.

—¿Por qué no me escribiste? ¿Por qué? —gritó Sarah.

—Nueva York es una ciudad bastante grande —observó Walter Franklin—. Llegué hace una semana y fui a la dirección que me habías dado. Allí me dijeron que te habías retirado un jueves. Eso me consoló, porque eliminaba la posible mala suerte del viernes. Pero ¡eso no quita que te haya estado buscando desde entonces, con la policía y todo!

—¡Yo te escribí! —afirmó Sarah, vehemente.

—¡No recibí nada!

—¿Y cómo me encontraste?

El joven granjero esbozó una sonrisa de primavera.

—Hoy entré a ese restaurante de al lado. No me importa quién lo sepa: a esta altura del año me gusta comer un plato de verduras. Estaba buscando algo que me agradara en ese lindo menú, tan bien mecanografiado, pero en cuanto pasé la col morada volteé la silla y llamé al propietario a grito pelado. Él me dio tu dirección.

—Me acuerdo —suspiró Sarah, feliz—. Después de la col había diente de león.

—En cualquier sitio del mundo sería capaz de reconocer esa doble ve mayúscula, elevada sobre la línea, que hace tu máquina de escribir —dijo Franklin.

—¡Pero si diente de león no se escribe con doble ve...! —exclamó ella, sorprendida.

El joven sacó el menú del bolsillo y señaló un renglón. Sarah reconoció entonces la primera tarjeta que había mecanografiado esa tarde. Aún se notaba la mancha irregular, en la esquina superior derecha, dejada por una lágrima caída. Pero sobre la mancha, donde debía leerse el nombre de la planta de las praderas, el insistente recuerdo de sus capullos dorados había hecho que sus dedos operaran teclas extrañas.

Entre la col morada y los pimientos verdes rellenos figuraba el plato:

«Querido Walter, con rodajas de huevo cocido».

El breve debut de Tildy

Si no conoce el Bogle's Chop House and Family Restaurant, usted se lo pierde, pues si es usted uno de los felices mortales que comen en restaurantes caros, debería interesarse en saber cómo consume alimentos la otra mitad de la población. Y si pertenece usted a la mitad de la población que sí da importancia a una buena cuenta al final de la comida, debería usted conocer el Bogle, pues allí le dan a usted el verdadero valor de su dinero... en cantidad por lo menos.

El restaurante de Bogle está situado en esa carretera de la burguesía, en el bulevar donde viven los Brown, los Jones y los Robinson: la Octava Avenida. En el salón se eslabonan dos hileras de seis mesas. En cada una hay un especiero que contiene distintos condimentos y salsas. Si se agita el pimentero, puede producirse una nube de algo insípido y melancólico, como ceniza de un volcán. Del salero no puede esperarse nada. Aunque un hombre pudiera sacarle sangre a un blanquísimo nabo, no lograría ejecutar la hazaña de sacar sal de los saleros del Bogle. Hay también sobre cada una de las mesas una falsificación de la salsa benigna preparada «según la receta de un noble de la India».

Detrás de la caja se sienta Bogle, indiferente, sórdido, meticuloso, lento; y recibe el dinero. Detrás de una

montaña de palillos de dientes, le da a usted el cambio, hace la cuenta y le expele a usted, como un sapo hace con su lengua, una palabra acerca del tiempo. Más vale no ir más allá de una respuesta que contribuya a su observación meteorológica, pues usted no es amigo de Bogle; es un comensal, un cliente transitorio, y usted y él pueden no volver a encontrarse hasta que suene la trompeta del arcángel Gabriel, que anuncia la cena. Por lo tanto, reciba usted el cambio y váyase... al diablo si quiere. Tales son los sentimientos de Bogle.

Dos meseras y una Voz atendían las necesidades de los clientes de Bogle. Una de las jóvenes se llamaba Aileen. Era alta, bonita, vivaz, graciosa y conocedora del arte de bromear. ¿Su apellido? En el restaurante de Bogle se necesitaban apellidos tanto como se necesitaban pequeños tazones para enjuagarse los dedos después de comer.

La otra muchacha se llamaba Tildy. ¿Por qué sospecha el lector que su nombre es Matilde? Por favor, escuche bien esta vez: Tildy... Tildy. Tildy era regordeta, de rostro simple y demasiado ansiosa de complacer por complacer. Repítase usted las dos últimas palabras una o dos veces y se familiarizará con el infinito doble.

En el Bogle, la Voz era invisible. Provenía de la cocina y no brillaba por su originalidad. Era una Voz pagana y se contentaba con la vana repetición de las exclamaciones sobre la comida que emitían las meseras.

¿Se cansaría el lector si le dijera de nuevo que Aileen era bonita? Si ella hubiera gastado algunos cientos de dólares en ropa, si se hubiera unido al desfile de Pascua y si usted la hubiera visto, lo habría dicho inmediatamente.

Los clientes del Bogle eran sus esclavos. Era capaz de atender seis mesas al mismo tiempo. Los que tenían prisa reprimían su impaciencia por la simple alegría de contemplar su figura grácil, que se movía con ligereza. Algunos de los que terminaban de comer pedían algún otro plato del menú con tal de seguir viendo la luz de su sonrisa. Todos los hombres que iban al Bogle, porque eran casi puros hombres, intentaban impresionarla.

Aileen podía intercambiar airosamente ironías con una docena de personas al mismo tiempo. Cada sonrisa que lanzaba se alojaba como munición de escopeta en más de un corazón. Y, mientras tanto, realizaba sorprendentes hazañas con pedidos de cerdo y habas, asaderas con carne, jamón, salchichas y sopas, y todo tipo de utensilios y cacerolas, hacia arriba y por todos lados. Con todas estas suntuosidades, el coqueteo y el alegre intercambio de comentarios agudos, el restaurante de Bogle estaba muy cerca de ser un salón donde Aileen hacía las veces de Madame Récamier.

Si los que frecuentaban ocasionalmente el restaurante se sentían fascinados por Aileen, los que lo hacían con regularidad eran sus fanáticos, y existía verdadera rivalidad entre muchos de ellos. Aileen salía muy seguido en las noches. Dos veces por semana, por lo menos,

alguien la llevaba a un teatro o a un baile. Un fornido caballero, a quien ella y Tildy habían bautizado con el apodo de «El cerdo», le obsequió un anillo de turquesa. Otro, llamado «Descocado» y que manejaba el carro de reparaciones de la compañía de tractores, le regalaría un *french poodle* en cuanto su hermano consiguiera el contrato de acarreo en la Novena Avenida. Y el hombre que comía siempre costillas de cerdo con y espinacas, y que decía que era corredor de bolsa, la invitó a *Parsifal*.

—No sé dónde queda ese sitio —le contestó Aileen mientras conversaba con Tildy—, pero más me vale tener puesto el anillo de compromiso antes de siquiera empezar a coser un vestido de viaje, ¿no te parece? Bueno, ¡así lo creo!

Pero ¡Tildy!...

En el Bogle, lleno de vapor, charlas y olor a col, casi sucedió una tragedia sentimental. Tildy, con su nariz chata, su cabello color paja, su cutis pecoso y su figura como de bolsa de papas, nunca había tenido un admirador. Ningún hombre la seguía con la mirada mientras iba y venía por el restaurante, excepto cuando sus ojos chispeaban por la comida como bestias hambrientas. Nadie le hablaba alegremente ni le coqueteaba. Nadie bromeaba con ella, como lo hacían con Aileen cuando la acusaban de haberse tardado en traer los huevos por estar en compañía de algún otro pretendiente. Nadie le había regalado jamás un anillo de turquesa ni la

había invitado a efectuar un viaje al misterioso y lejano «Parsifal».

Pero Tildy era buena mesera, así que los clientes la toleraban. Los que se sentaban en su área le hablaban lacónicamente, limitándose a repetir frases del menú, y luego levantaban la voz y le agregaban un tono almibarado para dirigirse con elocuencia a la bella Aileen. Se retorcían en sus sillas para buscar a Aileen por encima de la inminente figura de Tildy, para que su pulcritud convirtiera el tocino y los huevos en ambrosía.

Sin embargo, Tildy se sentía contenta de ser la esclava ignorada si Aileen podía recibir los piropos y los homenajes. La nariz chata era leal hacia la griega. Era amiga de Aileen y le daba gusto verla dominar corazones y desviar la atención de los hombres del humeante pastel de carne y del merengue de limón. Pero en el fondo, debajo de nuestras pecas y nuestros cabellos color paja, hasta el más feo de nosotros sueña con un príncipe o una princesa, no uno indirecto, sino que sea especialmente para nosotros.

Una mañana, Aileen llegó a trabajar con un moretón en el ojo, y Tildy era tan diligente que podía curar cualquier ojo.

—Fue un descarado —explicó Aileen—. Anoche, mientras iba de regreso a casa, me abordó en la Veintitrés y la Sexta Avenida. Lo rechacé, pero me siguió hasta la Dieciocho y volvió a insistir. ¡Dios mío!, pero le di una buena cachetada y entonces él me puso el ojo así.

¿Se nota mucho, Til? No me gustaría que me viera así el señor Nicholson cuando venga a tomar su té con pan tostado a las diez.

Tildy escuchaba en suspenso el relato de la aventura. Ningún hombre había intentado seguirla a ella. A ninguna hora del día corría peligro. ¡Qué felicidad debía de ser que un hombre la siguiera a una y le pusiera un ojo morado por amor!

Entre los clientes del restaurante de Bogle se hallaba un joven llamado Seeders, que trabajaba en una lavandería. Era delgado, de cabello claro y parecía recién lavado y almidonado. Era demasiado tímido para incluso aspirar a que Aileen reparara en él, así que frecuentemente se sentaba a una de las mesas atendidas por Tildy, donde se entregaba al silencio y a la trucha hervida.

Un día, el señor Seeders llegó a cenar tras haber bebido unas cervezas. En el restaurante había sólo dos o tres clientes. Cuando el señor Seeders se terminó la trucha, se puso de pie, tomó a Tildy por la cintura, la besó ruidosa y descaradamente, salió a la calle, tronó los dedos en dirección a la lavandería y se fue a echar unos centavos en las máquinas del salón de juegos.

Durante algunos instantes, Tildy se quedó helada. Luego notó que Aileen agitaba el índice hacia ella y le decía:

—Pero, Til, ¡qué muchacha tan pícara! ¡Te estás volviendo terrible, señorita traviesa! Si no me cuido, me vas a robar a mis chicos. Tendré que vigilarte, damita.

Cuando Tildy volvió en sí, se dio cuenta de que había ascendido de humilde y esperanzada admiradora a colega de la poderosa Aileen. Ahora ella también era una encantadora de hombres, un blanco para Cupido, una Sabina que debía ser recatada cuando los romanos asistieran a sus banquetes. El hombre había descubierto que su cintura era alcanzable y sus labios, deseables. El espontáneo y amoroso Seeders había realizado para ella, por así decirlo, un milagro digno de un día de trabajo en la lavandería. Tomó su vestido de fealdad, lo lavó, secó, almidonó y planchó, y lo convirtió en un manto de lino bordado: el vestido de la mismísima Venus.

Las pecas del rostro de Tildy se mezclaron con un rubor rosado. Ahora, Circe y Psique se asomaban desde sus avivados ojos. Ni siquiera Aileen había sido abrazada y besada públicamente en un restaurante.

Tildy no podía mantener el delicioso secreto. Cuando sólo quedaban algunos clientes, se dirigió al escritorio de Bogle. Le brillaban los ojos y trató de esconder el orgullo al hablar.

—Un caballero me insultó hoy en el restaurante —dijo la muchacha—. Me abrazó y me besó.

—¿De verdad? —interrogó Bogle, dejando ver una grieta en su armadura comercial—. Desde ahora, ganará usted un dólar más a la semana.

A la hora de la comida, cuando Tildy atendía a los clientes con quienes se llevaba bien, les dijo modesta-

mente a cada uno de ellos, como alguien cuyos méritos no requieren alardes:

—Hoy me insultó un caballero en el restaurante. Me abrazó y besó.

Los comensales reaccionaban de manera distinta ante la revelación: algunos, con incredulidad; otros la felicitaban, y otros la inundaban con un torrente de bromas que hasta entonces habían reservado para Aileen. Y el corazón de Tildy se hinchó, porque al fin veía elevarse las torres del Idilio en el horizonte de la llanura gris por la que había transitado durante tanto tiempo.

El señor Seeders no volvió al restaurante dos días. Durante ese lapso, la mesera se consolidó como una mujer cortejable. Se compró listones, se arregló el cabello como lo hacía Aileen y se apretó la cintura cinco centímetros. Sentía un temor escalofriante pero delicioso de que el señor Seeders irrumpiera en el negocio y le disparase un tiro. Seguro la amaba desesperadamente, y los amantes impulsivos siempre tienen celos ciegos.

Ni siquiera a Aileen le habían disparado con una pistola. Y entonces Tildy deseó que el hombre no la hiriera, pues ella siempre había sido leal y no deseaba eclipsar a su amiga.

A las cuatro de la tarde del tercer día, el señor Seeders entró al restaurante. Las mesas estaban vacías. Al fondo del establecimiento, Tildy llenaba los frascos de mostaza y Aileen cortaba pasteles. El señor Seeders se dirigió hacia ellas.

Tildy alzó los ojos, lo vio y, sin aliento, se apretó la cuchara de la mostaza contra el pecho. Tenía un listón rojo en el cabello y lucía el distintivo de la Venus de la Octava Avenida: un collar de cuentas azules con un simbólico pendiente de plata en forma de corazón.

El señor Seeders estaba sonrojado y avergonzado. Metió una mano al bolsillo trasero y la otra en un pastel de calabaza recién hecho.

—Señorita Tildy —dijo—, quiero disculparme por lo que hice la otra noche. Para ser honesto, estaba ebrio; de otro modo no lo habría hecho. Jamás trataría así a una dama cuando estoy sobrio. Espero, pues, que acepte mi disculpa, señorita Tildy, y que me crea que no habría actuado así de haber tenido consciencia de mis actos.

Luego de haber presentado esa cortés disculpa, el señor Seeders dio media vuelta y se alejó con la certeza de haber reparado su error.

Pero, detrás de un conveniente biombo, Tildy se lanzó sobre una mesa entre restos de mantequilla y tazas vacías de café, y lloró amargamente con toda el alma. Se sentía de nuevo en la gran planicie gris donde transitan las mujeres de nariz chata y cabello color paja. Se arrancó el listón rojo y lo tiró al suelo. Despreciaba por completo a Seeders; había recibido su beso como el de un heroico príncipe profético que podría haber hecho funcionar los relojes y despertar a los pajes en el reino de las hadas. Pero el beso había sido involuntario, la corte

no se había agitado ante la falsa alarma, y ella tenía que seguir siendo la Bella Durmiente para siempre.

Sin embargo, no estaba todo perdido. Aileen la abrazó y la mano roja de Tildy buscó a tientas el cálido apretón de su amiga entre los restos de mantequilla.

—No llores, Til —dijo Aileen, que no entendía del todo la situación—. Ese patán cara de nabo de Seeders no lo merece. Si fuera un caballero, jamás habría venido a disculparse.

El policía y el himno

Soapy estaba inquieto en su banca de Madison Square. Cuando los gansos salvajes graznan con fuerza por la noche y las mujeres con abrigos de piel de foca tratan con amabilidad a sus maridos y Soapy se mueve inquieto en su banca del parque, no hay duda de que el invierno anda cerca.

Una hoja seca cayó sobre el regazo de Soapy; la tarjeta de presentación del Padre Invierno. El Padre Invierno es amable con los inquilinos habituales de Madison Square y les anuncia con tiempo su visita anual. En los cruces de avenidas entrega su tarjeta al Viento del Norte, lacayo de la mansión de El Aire Libre, para que sus inquilinos se preparen.

La mente de Soapy tomó consciencia de que le había llegado el momento de convertirse en un peculiar Comité para la Supervisión de las Finanzas con el fin de tomar las precauciones necesarias de cara a los rigores venideros. Por consiguiente, se movía inquieto en su banco.

Las aspiraciones invernales de Soapy no eran las más ambiciosas. No contemplaban posibles cruceros por el Mediterráneo, ni soporíferos cielos meridionales, ni navegar a la deriva por la bahía del Vesubio. Lo que anhelaba el alma de Soapy eran tres meses en la Isla.

Tres meses con pensión, cama y agradable compañía aseguradas, a salvo de Bóreas y los uniformes azules, le parecían a Soapy la esencia de todo lo deseable.

Durante años, la hospitalaria Blackwell había acogido a Soapy en invierno. Así como los otros neoyorquinos más afortunados habían adquirido sus boletos para irse a Palm Beach y a la riviéra cada invierno, Soapy había hecho sus humildes preparativos para su hégira anual a la Isla. Había llegado la hora. La noche anterior, tres periódicos de edición dominical, distribuidos bajo su abrigo desde los tobillos hasta pasado el regazo, no habían bastado para repeler el frío mientras dormía en su banca cerca de la fuente de la vieja plaza. De modo que la Isla se erguía imponente y oportuna en la mente de Soapy. Despreciaba toda prestación ofrecida en nombre de la caridad para los dependientes de la ciudad. En opinión de Soapy, la ley era más benévola que la filantropía. Existía una ronda infinita de instituciones a las que podría acudir para recibir alojamiento y comida acordes con una vida sencilla. Pero para alguien del espíritu elevado de Soapy, los dones de la caridad incluyen gravamen. Si no pagas en moneda, debes pagar en humillación del espíritu por cada beneficio recibido de manos de la filantropía. Como César tuvo su Bruto, todo lecho de caridad debe tener su peaje en forma de baño, cada rebanada de pan su compensación a una inquisición privada y personal. Por lo tanto, es preferible ser invitado de la ley, que, aunque regida por normas, no

se entromete demasiado en los asuntos privados de un caballero.

Una vez decidido a trasladarse a la Isla, Soapy se dio de inmediato a la tarea de satisfacer su deseo. Existían muchos medios sencillos para conseguirlo. El más agradable consistía en comer lujosamente en algún restaurante caro y luego, tras declararse insolvente, dejar que te entregaran tranquilamente y sin protestar a un policía. Un magistrado complaciente haría el resto.

Soapy abandonó su banca y cruzó el parque y el mar de asfalto por donde confluyen Broadway y la Quinta Avenida. Avanzó por Broadway hasta detenerse frente a un café fastuoso en el que todas las noches se reúnen los productos más selectos de la vid, el gusano de la seda y el protoplasma.

Se sentía confiado desde el botón inferior del chaleco para arriba. Iba afeitado, llevaba un abrigo decente y una corbata negra limpia de nudo corredizo ya hecho que le había regalado una misionera el día de Acción de Gracias. Si conseguía llegar hasta una mesa del restaurante sin llamar la atención, tendría el éxito asegurado. La parte de Soapy que quedara visible por encima de la mesa no levantaría las sospechas del mesero. Un pato asado serviría, pensó Soapy..., con una botella de Chablis y seguido de queso camembert, una copa y un puro. Con un cigarro de dólar bastaría. El total no sería lo suficientemente alto como para despertar alguna manifestación suprema de venganza por parte de la direc-

ción del local, pero sí lo dejaría lleno y feliz para encarar el viaje hacia su refugio de invierno.

Pero en cuanto Soapy puso un pie en el restaurante, la mirada del capitán de los meseros cayó sobre sus pantalones raídos y sus zapatos gastados. Unas manos fuertes y dispuestas le dieron la vuelta y lo sacaron a la calle en silencio y de prisa, evitando el innoble destino del pato amenazado.

Soapy huyó de Broadway. Parecía que su ruta hacia la Isla anhelada no sería del tipo epicúreo. Habría que pensar en otra manera de entrar en el limbo.

En la esquina con la Sexta Avenida destacaba el escaparate iluminado e ingenioso de una tienda. Soapy tomó un guijarro y lo lanzó contra el cristal. La gente apareció corriendo a la vuelta de la esquina, con un policía a la cabeza. Soapy permaneció inmóvil, de pie con las manos en los bolsillos y sonriendo ante la visión de los botones de latón.

—¿Dónde está el responsable de esto? —inquirió nervioso el agente.

—¿No se le ocurre que quizá yo tenga algo que ver con el asunto? —comentó Soapy no sin cierta sorna, pero amigablemente, como quien da la bienvenida a la buena suerte.

La mente del policía se negó a aceptar a Soapy ni siquiera como pista. Los que destrozan ventanas no se quedan a parlamentar con los subalternos de la ley, ponen los pies en polvorosa. El policía vio a un hombre

corriendo para subirse a un coche media manzana más allá y se sumó a la carrera con la porra en alto. Soapy, con el corazón compungido tras dos fracasos, se dedicó a vagabundear.

En la acera de enfrente había un restaurante sin demasiadas pretensiones. Ofrecía sus servicios a apetitos abundantes y bolsillos modestos. La vajilla y el ambiente eran pesados, la sopa y la mantelería, ligeras. Ahí decidió entrar Soapy, con sus zapatos acusadores y sus pantalones reveladores. Se sentó en una mesa y consumió bistec, panqueques, donas y pastel. Y luego le confesó al mesero que la más diminuta de las monedas y él ni siquiera se conocían.

—Así que apúrese y llame al poli —dijo Soapy—. No haga esperar a un caballero.

—Nada de polis —contestó el mesero con una voz blanda como galletas de mantequilla y los ojos como la cereza de un Manhattan—. ¡Oye, Con!

Dos meseros lanzaron a Soapy a la acera despiadada, donde aterrizó sobre la oreja izquierda. Se levantó articulación por articulación, tal como se abre la regla de un carpintero, y se sacudió el polvo de la ropa. El arresto parecía un sueño optimista. La Isla parecía muy lejana. Un policía frente a una farmacia dos puertas más abajo se burló de él y desapareció por la calle.

Soapy recorrió cinco manzanas antes de recuperar el valor para cortejar de nuevo la captura. Esta vez la oportunidad prometía ser lo que Soapy, neciamente,

calificó de «pan comido». Una joven de aspecto agradable y recatado contemplaba con alegre interés los sacapuntas y el material de escritorio expuestos en un escaparate mientras que a unos doscientos metros de la tienda, un policía enorme y de porte severo se inclinaba sobre un hidrante.

Soapy decidió asumir el papel del despreciable y execrado «acosador». El aspecto elegante y refinado de su víctima y la contigüidad del concienzudo poli le animaron a creer que pronto sentiría en su brazo la agradable garra oficial que le garantizaría la estancia en sus cuarteles de invierno en la pequeñísima Isla.

Soapy se enderezó la corbata, sacó a la vista los puños huidizos de su camisa, se colocó el sombrero con una inclinación seductora y se acercó con sigilo a la joven. Le hizo ojitos, le atacaron toses y carraspeos repentinos, sonrió, babeó y repasó descaradamente toda la letanía insolente y deleznable del «acosador». Comprobó de reojo que el policía tenía la vista clavada en él. La joven se separó unos pasos y, una vez más, dedicó toda su atención a los sacapuntas. Soapy la siguió, se colocó burdamente junto a ella, levantó el sombrero y dijo:

—¡Oye, Bedelia! ¿No quieres jugar conmigo en mi jardín?

El policía seguía observando. La joven perseguida no tenía más que mover un dedo y Soapy estaría prácticamente de camino a su remanso insular. Ya se imaginaba que sentía la acogedora calidez de la comisaría. La

joven se le puso enfrente, estiró la mano y lo tomó por la manga del abrigo.

—Pues claro, Mike —dijo la chica alegremente—, si me invitas unas cervezas. Te habría hablado antes, pero el poli nos miraba.

Con la joven como una hiedra asida a su roble, Soapy pasó junto al policía, abatido por el pesimismo. Parecía estar condenado a la libertad.

En la siguiente esquina, se quitó de encima a su compañera y se echó a correr. Se detuvo en el distrito donde por la noche se encuentran las calles, corazones, promesas y libretos más animados. Mujeres con pieles y hombres de abrigo se paseaban alegremente entre el viento invernal. De repente, Soapy temió ser víctima de un hechizo atroz que le hubiese hecho inmune al arresto. La idea le dio pánico y, cuando se encontró con otro policía holgazaneando presuntuosamente frente a un teatro refulgente, se aferró de inmediato a la opción desesperada de la «conducta desordenada».

Soapy empezó a gritar incoherencias de borracho a pleno pulmón a la mitad de la calle. Bailó, aulló, despotricó e imprecó hacia las alturas.

El policía hizo girar la porra, le dio la espalda a Soapy y le comentó a un ciudadano:

—Es uno de los muchachos de Yale que celebra la paliza que le han metido a los de Hartford College. Son ruidosos pero inofensivos. Tenemos instrucciones de dejarlos en paz.

Desconsolado, Soapy detuvo su barullo inútil. ¿Acaso ningún policía lo atraparía jamás? En su imaginación, la Isla parecía una Arcadia inalcanzable. Se abotonó el abrigo ligero para protegerse del frío glacial.

En una tienda de cigarros, vio a un hombre bien vestido encendiendo un puro con una llama ondulante. El hombre había dejado el paraguas de seda junto a la puerta al entrar. Soapy entró al establecimiento, tomó el paraguas y salió despacio. El hombre del puro lo siguió a toda prisa.

—¡Mi paraguas! —le dijo el tipo con rudeza.

—Ah, ¿es suyo? —dijo desdeñosamente Soapy, sumando el insulto al hurto—. Bueno, ¿pues por qué no llama a un policía? Tomé su paraguas. ¿Por qué no llama al poli? Hay uno en la esquina.

El dueño del paraguas aminoró la marcha. Soapy hizo lo mismo, con el presentimiento de que, una vez más, la suerte jugaría en su contra. El policía miró a los dos hombres con curiosidad.

—Ah, claro —dijo el hombre del paraguas—, bueno, ya sabe cómo ocurren estas cosas..., si el paraguas es suyo, le ruego me disculpe. Lo tomé esta mañana en un restaurante... Admito que es suyo, yo..., bueno, espero que usted...

—Pues claro que es mío —contestó Soapy con rudeza.

El exhombre del paraguas retrocedió. El policía se apresuró en ayudar a una rubia alta con capa operática

a cruzar la calle frente a un tranvía que seguía estando a dos manzanas de distancia.

Soapy se alejó en dirección al este por una calle dañada por las obras públicas. Aventó el paraguas con furia a una excavación. Refunfuñó entre dientes contra los hombres de casco y porra. Cuando quería caer en sus garras, lo trataban como un rey incapaz de hacer el mal.

Al final Soapy llegó a una de las avenidas del este donde el brillo y el oropel y el bullicio son más vistosos. Miró hacia Madison Square, puesto que el instinto de volver al hogar subsiste incluso cuando el hogar es una banca del parque.

Pero se quedó petrificado en una esquina inusualmente tranquila. Había una iglesia vieja, extraña, laberíntica y con tejado a dos aguas. De un ventanal de vidrio violeta emanaba una luz suave desde donde sin duda el organista se entretenía con las teclas para asegurarse de dominar el himno dominical. Del interior se escapaba una música dulce que sedujo a Soapy y lo inmovilizó contra la reja de hierro forjado.

La luna brillaba en lo alto, lustrosa y serena; había pocos vehículos y peatones; los gorriones gorjeaban soñolientos en los aleros. Por un breve instante, el escenario pudo haber sido el cementerio de una iglesia rural. Y el himno que tocaba el organista cimentó a Soapy contra la reja de hierro; lo conocía bien de los días en que su vida incluía cosas tales como madres y rosas y ambiciones y amigos y pensamientos inmaculados y collares.

La conjunción del estado mental receptivo de Soapy y la influencia de la vieja iglesia desencadenó un cambio maravilloso y repentino en su alma. Soapy vio con horror arrebatado el pozo en el que había caído, los días degradados, los deseos indignos, las esperanzas muertas, las facultades disminuidas y los afanes innobles que conformaban su existencia.

Igual de repentino que el cambio anterior, su corazón respondió con emoción a este nuevo ánimo. Un impulso fuerte e instantáneo lo empujó a luchar contra su destino desesperado. Se levantaría del fango, volvería a hacer un hombre de sí mismo, conquistaría el mal que se había apoderado de él. Tenía tiempo; todavía era relativamente joven: resucitaría sus antiguas ambiciones impacientes y las perseguiría sin flaquear. Esas notas del órgano, solemnes pero dulces, habían desatado una revolución en su interior. Al día siguiente iría al ajetreado distrito central y encontraría trabajo. Un importador de pieles le había ofrecido trabajo de conductor en una ocasión. Al día siguiente lo encontraría y le pediría el puesto. Sería alguien. Sería...

Soapy sintió una mano sobre el hombro. Volteó de inmediato para encararse con el rostro amplio de un policía.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el agente.

—Nada —contestó Soapy.

—Pues acompáñame.

—Tres meses en la Isla —dictó el juez en la corte a la mañana siguiente.

Los panqueques de Pimienta

Mientras arreábamos un hato de ganado del rancho Triángulo Cero en las hondonadas del río Frío, mi estribo se enganchó en la rama seca de un mezquite y me torció el tobillo de tal forma que tuve que permanecer inmovilizado en el campamento una semana.

Al tercer día de ocio forzoso, me arrastré hasta el carretón de la cocina y me sometí, indefenso, a las historias de Judson Odom, el cocinero del campamento. Jud era monologador por naturaleza, a quien el Destino, con su habitual despropósito, había ubicado en una profesión que carecía de oyentes.

Es por eso que fui un verdadero maná en el desierto silencioso de Jud.

A veces me asaltaba el deseo, peculiar en los convalecientes, de paladear algo que no fuera «comestible a secas». En mi mente surgían visiones de la despensa materna «profunda como el primer amor y desbordante de remordimientos». Le pregunté:

—Jud, ¿sabes hacer panqueques?

Jud soltó el revólver de seis tiros con el que machacaba un bife de antílope y se irguió ante mí con lo que me pareció una actitud amenazadora. Me pareció aún más suspicaz al fijar en mí sus claros ojos azules con una mirada fría de recelo.

—Oye —dijo con cólera espontánea aunque no excesiva—, ¿era en serio lo que dijiste o me estás tomando el pelo? ¿Alguno de los muchachos te contó algo sobre mí y el asunto de los panqueques?

—No, Jud —respondí con franqueza—. Quise decir exactamente eso. Creo que sería capaz de cambiar mi montura y mi caballo por una pila de panqueques doraditos, con mantequilla derretida y endulzados con melaza recién preparada de la primera cosecha de Nueva Orleans. ¿Circula alguna historia sobre panqueques?

Jud se apaciguó de inmediato al darse cuenta de que no me refería a nada en especial. Sacó del carretón de la cocina varias cajas de latas y paquetes misteriosos y los colocó a la sombra de la morera bajo la cual me había instalado. Lo observé atentamente mientras se dedicaba a desenvolver y distribuir con calma los objetos.

—No, no es ninguna historia —respondió Jud—, sólo las habladurías usuales sobre lo que sucedió entre su servidor, un malviviente de ojos rojos de la Cañada de la Mula Atascada y la señorita Willella Learight. No tengo inconveniente en contarte.

»En aquel entonces, arreaba ganado para el viejo Bill Toomey, allá sobre el San Miguel. Un día me agarró el afán de comerme algo enlatado que jamás hubiera mugido o balado o gruñido y que fuera más que una porción para picar. Así que me monté en mi potro y me fui cortando el viento al almacén del Tío Emsley Telfair en el cruce Pimienta, sobre el banco del Nueces.

»A eso de las tres de la tarde, amarré las riendas de mi brida a un mezquite y recorrí a pie los veinte metros que faltaban hasta llegar al local. Me instalé en el mostrador y le informé al Tío Emsley que, según indicaban todos los pronósticos, la cosecha de frutas del mundo entero estaba a punto de ser devastada. En menos de un minuto tuve a mi disposición un paquete de galletas saladas, un cucharón de mango larguísimo y un montón de latas abiertas con duraznos, piñas, cerezas y chícharos mientras que el Tío Emsley se daba a la tarea de cortar las envolturas de plástico amarillo con el hacha de mano. Me sentía como Adán antes de la estampida de la manzana; estaba clavando mis espuelas en el costado del mostrador y afanándome con mi cucharón de medio metro cuando por casualidad miré por la ventana hacia el patio de la casa del Tío Emsley, junto al almacén.

»Vi a una chica parada enfrente, extranjera, muy bien ataviada; jugueteaba con un mazo de croquet y se divertía observando mi estilo de fomentar la industria de las frutas envasadas. Me aparté del mostrador y le entregué el cucharón al Tío Emsley.

»—Esa es mi sobrina —me informó—; se llama Willella Learight, vino de Palestina a visitar. ¿Quieres que te la presente?

»La Tierra Santa —me dije a mí mismo, mientras mis pensamientos latosos no se dejaban meter al corral—. ¿Por qué no? Seguro que Palestina está lleno de ánge..., digo, claro que sí, Tío Emsly —dije subiendo

la voz, sería una experiencia edificante que me presentara a la señorita Learight.

»Así que el Tío Emsley me acompañó hasta el patio y nos comunicó a cada quien el nombre del otro.

»Jamás fui tímido con las mujeres. Nunca pude entender por qué algunos individuos que son capaces de domar un potro cerril antes del desayuno y de afeitarse hasta en la oscuridad se tornan inhábiles, transpiran y se inundan en excusas cuando divisan un rollo de percal que envuelve aquello para lo cual fue destinado. En un lapso de ocho minutos, la señorita Willella y yo ya andábamos dándole guerra a las bolas de croquet en términos tan afectuosos como si fuéramos primos hermanos. Me hizo una broma sobre la cantidad de fruta envasada que había empacado y le contesté muy firme que había sido una tal Eva la que inició todo el asunto de la fruta en el primer campo de pastoreo libre. “Eso sucedió en Palestina, ¿no es así?”, dije con la misma fluidez y firmeza con que podría haber enlazado un potrillo de un año.

»Así fue como me empezó a parecer amena la cercanía de la señorita Willella Learight, y nuestra cordialidad se fue acentuando con el tiempo. Había venido al cruce Pimienta para cuidar de su salud (muy buena, por cierto), y para gozar del clima cuarenta por ciento más cálido que en Palestina. Durante una temporada cabalgaba hasta allá una vez por semana para verla; después hice el cálculo y comprobé que si duplicaba

la cantidad de viajes, también se duplicaban nuestros encuentros.

»Una semana le agregué un tercer viaje, y así fue como los panqueques y el ladronzuelo de ojos rojos se entrometieron en el asunto.

»Esa tarde, mientras me hallaba instalado junto al mostrador con un durazno y dos ciruelas en la boca, le pregunté al Tío Emsley cómo estaba la señorita Willella.

»—Bien —respondió—, salió a cabalgar con Jackson Ave, el ovejero de la Cañada de la Mula Atascada.

»Me tragué el hueso del durazno y de las dos ciruelas. Supongo que alguien sujetó el mostrador por las riendas durante mi arrebato y luego me salí caminando en línea recta hasta topar con el mezquite en donde había amarrado a mi cuaco. “Se fue a pasear a caballo —susurré en la oreja de mi potro— con el tal Jack Avebruta, esa mula a sueldo de la Cañada del Ovejero. ¿Puedes creerlo, mi viejo galopes de cuero?”

»Mi potrillo le lloró, a su manera. Cual buen caballo vaquero, odiaba a muerte a los ovejeros. Regresé y le pregunté al Tío Emsley: “¿Dijo que era ovejero?”

»—Dije que es criador de ovejas —reiteró—. Seguro oíste hablar de Jackson Ave. Dispone de ocho parcelas de pastoreo y de cuatro mil cabezas de los mejores merinos que hay al sur del círculo polar ártico.

»Salí a sentarme en el piso a la sombra del almacén y me apoyé en un nopal. Por distraído me llené las botas

de arena con las manos mientras rumiaba un soliloquio eterno sobre ese pajarraco forrado de plumaje Jackson.

»Nunca me había nacido lastimar a un ovejero. Una vez vi a uno montado a caballo leyendo un libro de gramática latina y ¡ni siquiera lo toqué! Jamás me sacaban de quicio como le suele ocurrir a la mayoría de los vaqueros. No me pondría manos a la obra para estropear y desfigurar a un rufián de esos que comen sentados a la mesa y usan lindos zapatitos y le hablan a uno sobre “temas”. Siempre los dejaba pasarme de lado cual si fueran liebres; me limitaba a dirigirles unas cuantas palabras cordiales y a aventurar algunas opiniones sobre el clima, pero no me detenía a platicar con ellos en las tabernas. En aquellas épocas nunca creí que valiera la pena ser hostil con un criador de ovejas, y como había sido bondadoso y les había perdonado la vida, ¡en ese momento uno de ellos cabalgaba por allí en compañía de la señorita Willella Learight!

»Una hora después, medida por el sol, llegaron pasito a pasito y se detuvieron ante el portal del Tío Emsley. El ovejuno la ayudó a desmontar y se quedaron allí un rato intercambiando frases agudas e vivaces. Después el emplumado se encaramó en su montura, saludó quitándose la pequeña salserita que usaba como sombrero y se marchó al trote en dirección a su rancho de corderos. Para entonces, ya me había sacado la arena de las botas, me había despegado del nopal y, a los ape-

nas quinientos metros de distancia desde Pimienta, me le apersoné en mi potro y me le puse a la par.

»Había dicho que el ovejero traía los ojos rojos, pero no es cierto. Sus ojos eran grises, sin mucho color, pero tenía las pestañas pelirrojas y el pelo arenoso, y la combinación me había dado esa impresión. Criador de ovejas mis polainas ... No era más que un simple pastorcillo, una cosa pequeñita con el cuello envuelto en un pañuelo de seda amarilla y zapatitos de agujetas bien atadas.

»—¡Buenas! —le dije—. Se encuentra usted cabalgando junto a un jinete a quien se le conoce como Judson Juicio Final por su puntería. Cuando quiero que un forastero me conozca, me presento antes de que empiecen los tiros para no decirle mi nombre a un fantasma.

»—¡Ah! —replicó con tono indolente—. Encantado de conocerlo, señor Judson. Yo soy Jackson Ave, de allí, del rancho de la Mula Atascada.

»Justo entonces, uno de mis ojos vio un correcaminos saltando camino abajo con una tarantulita en el pico. Con el otro ojo, divisé un gavián posado en la rama seca de un sauce. Me los troné uno tras otro con mi cuarenta y cinco sólo para demostrarle mi puntería.

»—Dos de tres —dije—. Todo animal volador parece atraer mis disparos así nomás, doquiera que voy.

»—Buena técnica —afirmó el ovejuno sin inmutarse—. Pero ¿siempre le atina al tercer tiro? Qué lluvia tan extraordinariamente benéfica para los pastos tuvimos la semana pasada, ¿no lo cree, señor Judson?

»—Ay, avechucho —dije, acercándome cada vez más a su potrillo manso—, puede que los necios de sus padres lo hayan condenado a llamarse Jackson, pero su trino de pajarito no es nada más que un pito. No sigamos empantanándonos en esta cháchara sobre la lluvia y los elementos y hablemos con palabras de hombres, no de cotorras. Usted ha adquirido la mala costumbre de salir a cabalgar con señoritas residentes de Pimienta. He visto aves asadas a la parrilla por mucho menos que eso. La señorita Willella —agregué— no quiere meterse a un nido de lana tejido por el representante más patético de la rama jacksoniana de la ornitología. Bien, ¿está dispuesto a ahuecar el ala o prefiere galopar al encuentro del Juicio Final que le viene vaticinando mi nombre con dos mayúsculas y una pompa fúnebre?

»Jackson Ave se ruborizó un poco y luego rio.

»—Mi buen señor Judson —afirmó—. Usted está equivocado. He visitado un par de veces a la señorita Learight, pero no con el propósito que usted imagina. Mis intenciones son puramente gastronómicas.

»—Cualquier coyote —dije, echando mano al revólver— que se ufane de deshonesto...

»—No se apesure —interpuso el pajarraco— hasta que se lo explique. ¿Para qué querría yo una esposa? ¡Si usted viera mi rancho! Yo mismo me ocupo de cocinar y de remendarme la ropa. Comer: ése es el único placer que tengo. Señor Judson, ¿alguna vez probó los panqueques que hace la señorita Learight?

»—¿Yo? No —contesté—, nunca me enteré de que se dedicara a maniobras culinarias de ninguna especie.

»—Son dorados resplandores del sol —afirmó—, endulzados por los ambrosiacos fuegos de Epicuro. Daría dos años de mi vida por procurarme la receta de esos panqueques. Por eso voy a visitar a la señorita Learight —declaró Jackson Ave—, pero no he podido conseguirla. Se trata de una antigua receta familiar que se ha usado a lo largo de setenta y cinco años. La transmiten de generación en generación, pero no se la confían a los extraños. Si pudiera enterarme de cuál es la receta, podría hacerme yo mismo los panqueques en mi rancho. Entonces sería un hombre feliz —sostuvo Jackson Ave.

»—¿Está seguro —inquirí— de que no anda tras la mano que mezcla la masa?

»—Que no le quepa la menor duda —replicó Jackson—. La señorita Learight es una chica de gran belleza, pero puedo asegurarle que mis intenciones no van más allá de lo gastro... —Al ver que mi mano se deslizaba hacia la cartuchera modificó el símil—. Más allá del deseo de procurarme una copia de esa receta —finalizó.

»—Bueno, después de todo, no es un tipo tan despreciable —le dije tratando de obrar limpiamente—. Se me estaba ocurriendo la idea de dejar huérfanos a sus corderos; no obstante, esta vez le permitiré remontar el vuelo. Pero no se desvíe de los panqueques —le dije, reduciendo el espacio tanto como el que tiene el panqueque al centro de la torre—, y no se le ocurra

confundir los sentimientos con el almíbar porque, en ese caso, habrá música fúnebre en su rancho y no será usted quien la toque.

»—Para convencerlo de mi sinceridad —sostuvo el ovejuno—, voy a pedirle que me eche una mano. Como la señorita Learight y usted son amigos, es posible que le confíe algo que no estaría dispuesta a confiarme a mí. Si me consigue esa receta de los panqueques, le doy mi palabra de que jamás volveré a visitarla.

»—Eso es jugar limpio —le dije, y estreché su mano—. Si puedo, se la conseguiré y me sentiré muy honrado de hacerle ese favor. —Lo vi internarse en la gran llanura cubierta de nopales junto al río Piedra en dirección a la Mula Atascada, y yo me marché hacia el noroeste, al rancho del viejo Bill Toomey.

»Pasaron cinco días antes de que pudiera regresar a Pimienta. La señorita Willella y yo pasamos una velada gratificante en casa del Tío Emsley. Ella mortificó al piano cantándole pasajes de óperas. Yo aporté mi imitación de la víbora de cascabel, le expliqué el nuevo sistema de desollar vacunos que practicaba Snaky McFe, y me explayé sobre un viaje que hice una vez a San Luis. Nuestra recíproca estimación crecía a medida que transcurría el tiempo. Pensé que si se pudiese persuadir a Jackson de emigrar, yo ganaría. Pero en ese momento recordé la promesa sobre la receta y pensé en persuadir a la señorita Willella de dármela para Jackson, y luego

pensé que si volvía a pescar a la avecilla fuera de su nido, la haría bailar en la cuerda floja.

»Entonces, como a las diez de la noche, enarbolé una sonrisa adulatora y le dije a la señorita Willella:

»—¿Sabe? Si hay algo que me guste más que divisar un novillo rojo sobre un prado verde es paladear un delicioso panqueque calentito con melaza casera.

»La señorita Willella dio un saltito sobre el taburete del piano y me observó con mirada inquisitiva.

»—Sí —respondió—, esos panqueques son realmente sabrosísimos. Señor Odom, ¿cómo dijo que se llamaba esa calle de San Luis donde perdió su sombrero?

»—Avenida Panqueque —respondí guiñando un ojo para demostrarle que estaba al tanto del secreto familiar y que por consiguiente no podría desviarme del asunto—. Veamos, señorita Willella, dígame cómo los hace. Esos panqueques me dan vueltas en la cabeza como las ruedas de una carreta. Empiece ahora mismo..., medio kilo de harina, ocho docenas de huevos..., ¿cómo sigue el catálogo de ingredientes?

»—Discúlpeme un momento, por favor —interpuso la señorita Willella, me dirigió una extraña y rápida mirada de soslayo y se deslizó del taburete. Se introdujo anadeando en la trastienda y de inmediato apareció el Tío Emsley en mangas de camisa y llevando un jarro de agua. Se dio vuelta para tomar un vaso que había sobre la mesa y vi que del bolsillo de su cadera sobresalía un revólver calibre 45.

»—¡Diablos coronados! —pensé—, esta gente cree que un montón de recetas de cocina tiene que ser defendido a tiros. He conocido tipos que no hubieran sido capaces de hacer lo mismo en una trifulca.

»—Tómate esto ahora mismo, Jud —me pidió el Tío Emsley ofreciéndome el vaso de agua—. Hoy has cabalgado mucho y estás sobreexcitado. Trata de pensar en otra cosa.

»—¿Usted sabe cómo se hacen esos panqueques, Tío Emsley? —interrogué.

»—Bueno, no soy tan experto en la anatomía de los panqueques como muchos otros —respondió el Tío Emsley—, pero creo que se agarra un tamiz de yeso y se pasa la masa y luego se le echa bicarbonato de sodio y harina de maíz y se mezcla con huevos y mantequilla como de costumbre. ¿Esta primavera el viejo Bill volverá a mandar ovejas a Kansas City, Jud?

»Esas fueron todas las especificaciones sobre hacer panqueques que pude obtener aquella noche. No me asombró que Jackson Ave considerara agotadora la tarea. Por lo tanto, dejé pasar el asunto y conversé un rato con el Tío Emsley sobre enfermedades del ganado y ciclones. Después apareció la señorita Willella para darnos las buenas noches. Acto seguido, me marché veloz al rancho.

»Más o menos una semana más tarde me encontré con Jackson Ave, que cabalgaba desde Pimienta. Como yo también me encaminaba en esa dirección; nos detu-

vimos en el camino para intercambiar algunos comentarios frívolos.

»—¿Consiguió la lista de lo necesario para hacer el delicioso platillo? —pregunté.

»—Pues, no —respondió Jackson—, hasta ahora todos mis esfuerzos han fracasado. ¿Usted hizo la prueba?

»—Sí, lo hice —repliqué—, pero fue algo así como tratar de sacar a un animal salvaje de su cueva ofreciéndole una cáscara de cacahuete. Por la manera en que se aferran a ella, esta receta de panqueques debe de ser algo fabuloso.

»—Casi estoy decidido a abandonar el asunto —dijo Jackson con un tono tan desalentado que me dio pena—, pero que no le quepa la menor duda de que quiero saber cómo se preparan esos panqueques para comerlos en mi solitario rancho. A veces no puedo ni dormir —agregó— pensando en lo sabrosos que son.

»—Siga tratando de conseguirla —le dije— y yo haré lo mismo. Seguro pronto uno de nosotros logra enlazar esos cuernos. Hasta pronto, querido Jackson.

»Como te darás cuenta, en aquella época estábamos en términos pacifiquísimos. Cuando advertí que no cortejaba a la señorita Willella, empecé a sentir un aprecio más perdurable por el criador de ovejas de pelo color arena. Para satisfacer las ambiciones de su apetito, insistí en mis intentos de conseguir que la señorita Willella me revelara su receta. Pero, cada vez que pronunciaba la palabra “panqueques”, ella exhibía una

mirada inquieta y ausente y trataba de cambiar de conversación. Si insistía en el tema, se escurría de la habitación y se arrastraba de regreso al Tío Emsley con su jarro de agua y su revólver en el bolsillo de la cadera.

»Un día galopé hasta el almacén con un lindo ramillete de verbenas azules que le había arrancado a un horda de flores silvestres, allá en la pradera del Perro Envenenado. El Tío Emsley echó una mirada a las flores con un ojo entornado y dijo:

»—¿No te has enterado?

»—¿De que empezó el arreo? —pregunté.

»—De que Willella y Jackson Ave se casaron ayer en Palestina. Acabo de recibir una carta esta mañana.

»Arrojé las flores a un barril y dejé que la noticia se escurriera por mis orejas pasando por el bolsillo izquierdo de mi camisa hasta llegar a mis pies.

»—¿Me haría el favor de repetírmelo, Tío Emsley? Tal vez se me amoló el oído y usted sólo me decía que las terneritas valen unos cinco dólares, o algo así.

»—Se casaron ayer —reiteró el Tío Emsley— y se fueron de luna de miel a Waco y a las cataratas del Niágara. ¿Cómo no te diste cuenta de lo que sucedía? Jackson Ave lleva cortejando a Willella desde aquel día en que salieron a cabalgar juntos.

»—Entonces —dije medio aullando—, ¿qué era toda esa charlatanería de los panqueques que me estuvo echando encima? Dígame eso.

»Cuando pronuncié la palabra “panqueques”, el Tío Emsley me esquivó y retrocedió un paso.

»—¡Alguien me repartió panqueques en lugar de cartas en esta mano de póquer —sostuve—, y descubriré quién es! Creo que usted lo sabe. ¡Hable ahora mismo o lo agarro con las manos en la masa de una buena vez!

»Salté por encima del mostrador tras del Tío Emsley. Trató de alcanzar su revólver, pero como lo guardaba en una gaveta, no pudo abrirla y erró por un par de centímetros. Lo agarré del cuello de la camisa y lo acorralé en un rincón.

»—Vamos a hablar de panqueques —amenacé—, o lo convierto ya mismo en melaza. ¿La señorita Willella los hace o qué?

»—Jamás ha hecho uno, y por mi parte ni siquiera he visto uno —afirmó el Tío Emsley en tono apaciguador—. Cálmate, Jud. Te ganó la emoción, y esa herida que tienes en la cabeza está contaminando tu inteligencia. Trata de no pensar en panqueques.

»—Tío Emsley —respondí—, no tengo heridas en la cabeza excepto cuando mis instintos cognitivos naturales se encabritan. Jackson Ave me informó que estaba visitando a la señorita Willella para conseguir que le enseñara su receta para hacer panqueques y me pidió que lo ayudara a procurarse la fórmula necesaria para mezclar los ingredientes. Lo hice, con resultados del dominio público. ¿Un ovejero de ojos rojos sembró cizaña en mi parcela o qué demonios sucedió?

»—No me agarres así de la camisa —solicitó el Tío Emsley— y te lo diré. En efecto, me da la impresión de que Jackson Ave te tendió una trampa. Al día siguiente de salir a cabalgar con Willella, volvió y nos dijo que te vigiláramos cada vez que empezaras a hablar de panqueques. Nos explicó que una vez, en un campamento, cuando estaban cocinando pasteles, uno de los muchachos te hizo una herida en la cabeza con una sartén. Jackson afirmó que siempre que estás acalorado o emocionado, la herida te duele y te conviertes en una especie de energúmeno que empieza a desvariar sobre panqueques. Nos dijo que teníamos que intentar distraerte del tema y calmarte, que en realidad no eras peligroso. Así que Willella y yo hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance de la mejor manera que pudimos. Qué caray —concluyó el Tío Emsley—, podría decirse que el tal Jackson Ave es un pilluelo como pocos se ven.

Mientras avanzaba en su relato, Jud había estado mezclando, lenta pero diestramente, algunos ingredientes extraídos de sus envoltorios y de sus latas. Al concluir la narración, me ofreció el producto terminado en un plato de hojalata: un par de panqueques calientes y bien endulzados. Además de todo, extrajo de algún escondite secreto un trozo de excelente mantequilla y un recipiente de miel dorada.

—¿Cuándo sucedió esto, Jud? —pregunté.

—Tres años —fue la respuesta—. Ahora viven en el rancho de la Mula Atascada. Pero desde aquella épo-

ca, no he vuelto a ver a ninguno de los dos. Según dicen, durante todo el tiempo que me trajo acorralado contra el árbol de los panqueques, Jackson Ave se dedicaba a decorar elegantemente su rancho con mecedoras y cortinas. Después de un rato, conseguí sobreponerme. Pero los muchachos siguen dándole vueltas al asunto.

—¿Preparaste estos panqueques según la famosa receta? —pregunté.

—¿No te expliqué que no existía la famosa receta? —respondió Jud—. Los muchachos insistieron tanto con los panqueques que terminaron por sentirse hambrientos de panqueques. Por eso recorté esta receta de un periódico. ¿Qué te parecen?

—Están deliciosos —contesté—. ¿No te apetece uno?

Estoy seguro de que escuché un suspiro.

—¿A mí? —dijo Jud—. Jamás he probado uno.

La última hoja
se terminó de editar en
en octubre de 2018 en las
oficinas de la Editorial Universidad
de Guadalajara, José Bonifacio
Andrada 2679, Lomas de Guevara,
44657 Guadalajara, Jalisco

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Janet Grynberg
Cuidado editorial

Daniel Zamorano Hernández y Pablo Ontiveros Pimienta
María Alejandra Romero Ibáñez
Diseño y diagramación